

Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

FLOR DE UN CONVENTO

**Sor María Gemma Crespo, Religiosa
Capuchina de Nava del Rey (Valladolid)**

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 34
41003-Sevilla

Con licencia eclesiástica
Depósito Legal: B-43356-85
ISBN:84-86162-97-1
Printed in Spain
Impreso en España
EMEGÉ, Industria Gráfica
Londres, 98 / Barcelona-36

POR VIA DE PROLOGO

Queridos lectores: Quiero manifestaros que no pensé hacer prólogo a esta biografía de Sor María Gema, porque me propuse limitarme a presentaros un florilegio de pensamientos entresacados de cartas que conservo de ella; pero al ir la escribiendo y darme cuenta de la conveniencia de referir algunos datos sobre su vida para que fuese mejor conocida de todos, me ha parecido oportuno, una vez terminada de escribir, dejar ya lo escrito, según está, y añadir a manera de prólogo lo siguiente:

1.º Que reconozco que hay varias cosas en esta biografía que guardan cierta relación conmigo y quisiera por un lado omitirlas, pero veo que es difícil, y aconsejado (porque lo mejor son los hechos reales y porque de otro modo no resaltaría tanto la trayectoria de la vida de Sor María Gema), las dejo según están ya que sus cartas sencillamente lo manifiestan, y Dios ya ve que a El le pertenece todo lo bueno de ella.

2.º Lo que debo decir de Sor María Gemma, y ella luego lo viene a reconocer así, su verdadero Director fue el Espíritu Santo, y yo no he sido más que un instrumento rudo y defectuoso, del que en último término Dios ha querido valerse para hacer esta biografía, que de otra manera hubiera quedado oculta, y nos hubiéramos privado de conocer las maravillas que Dios ha

hecho y las grandes gracias derramadas sobre esta alma angelical, que fue primero en el mundo modelo de jóvenes y luego religiosa ejemplar en el claustro, y ahora sembradora de pensamientos que elevan y pueden movernos a todos a ser mejores, imitándola en sus virtudes.

3.º Mi creencia particular sobre ella es que durante su vida fue un alma extraordinaria adornada de toda clase de virtudes, como lo reflejan sus escritos... Yo le di varios consejos, pero con los años pude arrancarle algunos para mí, como irá viendo el lector, y no dudo que muchos de ellos son apropiados para todos.

La primera Misa que apliqué por ella, al día siguiente de su muerte en el convento, fue en acción de gracias y en alabanza a Dios más que en sufragio de su alma, porque no dudo que fue derecha al cielo como ella lo esperaba.

Quien lea esta breve biografía se dará cuenta de que fue un alma que pasó por este mundo con el único deseo de ser santa y de pedir esta gracia para los demás.

Espero que a todos hagan mucho bien estos escritos, y especialmente a las jóvenes, a quienes pueden inspirarles deseos de consagrarse a Dios y de vivir como Sor Gema apartadas del mundo donde peligra tanto la virtud.

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 24 junio 1985

BIOGRAFIA DE SOR MARIA GEMMA

¿Quién fue Sor María Gemma?

El pueblo natal de la que intento dar estas breves notas biográficas, llamada en el siglo *Victoria Crespo Ramos*, es Fuentesauco, cabeza de Partido, de la diócesis y provincia de Zamora.

Este es un pueblo agrícola, de unos 3.000 habitantes, al que le han dado fama los buenos garbanzos, y al que no le han faltado quienes hayan intentado oscurecerla un tanto con el refrán tan extendido por doquier: «El buen garbanzo y el buen ladrón de Fuentesauco son», y que no dejan sin contestar los buenos saucanos amantes de su patria chica, diciendo: «Y el más fino de tu pueblo vino».

Este es un pueblo de nobles sentimientos, en el que si no faltan pecados como en todos los sitios donde hay hijos de Adán, tampoco hay ausencia de virtudes y de virtudes heroicas y acrisoladas como puede verse demostrado en el presente caso de Sor María Gema.

En este pueblo nació el 25 de julio de 1913, festividad del apóstol Santiago, patrón de España. Sus padres se llamaban Luis y Gregoria, eran cristianos honrados, obreros, de posición humilde. Tuvo otros tres hermanos: José, Felipe y Brígida (ésta es la única que vive en la actualidad).

La existencia de Sor Gema sobre la tierra fue la de

un alma excepcional, que con la gracia de Dios y su esfuerzo personal logró vencer sus muchas pasiones y permanecer siempre limpia e incontaminada de toda culpa.

Su vida la veremos aparecer como una blanca azucena o bella flor que conserva su pureza y blancura en medio de los embates y de tantas tentaciones, como se vio rodeada, hasta el final de su vida en que el celestial Jardinero la arranca para trasladarla al cielo.

Esta Capuchina Descalza del Convento de Nava del Rey (Valladolid) a donde Dios quiso llamarla, permaneció en él desde el 22 de mayo de 1938, que fue su entrada, hasta el 22 de diciembre de 1984, que murió en el mismo.

Las almas que verdaderamente la conocieron y trataron en el mundo nos dan alta idea de sus virtudes y a todas a una las hemos oído decir: «Victoria era una santa.» «Si hay alguna persona santa en el mundo es Victoria, nunca murmuraba de nadie.»

Sor María Gema fue santa, como veremos, porque quiso de veras serlo y sus grandes deseos los llevó a la práctica. Yo me atrevo a afirmar que no cometió en su vida ni un solo pecado venial *deliberado*, aunque ella se consideraba miserable y pecadora. Ella conservó intacta su inocencia con grandes sacrificios, y si los inocentes conquistan el cielo, no deben desanimarse los grandes pecadores, porque también ellos pueden conquistarlo recuperando la inocencia mediante una vida de arrepentimiento y penitencia.

Por haber sido yo Coadjutor de Fuentesauco durante siete años, y luego párroco otros siete, la conocí muy bien y por eso doy fe de cuanto digo referente a ella. Mucho le tocó sufrir, especialmente grandes contrariedades de su familia que se opusieron durante

varios años a que entrara en dicho convento, que fue siempre su gran deseo; mas con su constancia y la ayuda de Dios logró vencer todas las dificultades.

Cuando tenía unos 20 años, por su insistencia de consagrarse plenamente a Dios deseó hacer voto perpetuo de virginidad, y se le permitió hacerlo temporal, que iba renovando de una a otra fiesta de la Virgen. De día en día se la veía crecer en deseos ardientes de santificación. Cada vez le gustaba menos el mundo y sus diversiones, y suspiraba por la soledad del claustro.

Por no alargar este escrito, me voy a limitar casi exclusivamente a transcribir algunos de sus pensamientos tomados de las cartas que me escribió y de las recibidas desde el convento, que reflejan el gran temple y virtud de esta alma.

Al final de estos mis escritos, figura un breve APENDICE del juicio que las monjitas de Nava del Rey tenían de Sor M.^a Gema, y el de un Padre redentorista que fue confesor de la Comunidad.

1.ª Parte: VICTORIA EN EL MUNDO

Sus deseos constantes de ser santa (Años de 1932 a 1938)

Dejemos que ella nos lo diga:

«Le escribo para decirle solamente mis deseos. Mire, Padre, a pesar de tantas miserias como ve me han rodeado hace tiempo, y parece me rodean todavía, siento deseos grandes y continuados de ser santa, de amar mucho a nuestro Dios, de sufrir toda clase de sufrimientos que quiera mandarme, sean como fueren. A veces habrá pasos difíciles, pero yo quiero abrazarme con todo, quiero ser santa cueste lo que cueste... Quiero amar a Jesús con todas mis fuerzas y solamente a El. Sigo con el deseo de abandonar cuanto antes el mundo y consagrarme a Jesús por completo.»

* * *

«Cuando considero lo que es la vida, lo que en sí encierra todo pura vanidad y engaño, no sé qué pensar, ¡tantas cosas pienso!, en lo engañados que están los mundanos, ¡pobrecitos!, me da pena, y por otra parte me acuerdo de las gracias que Dios me ha concedido apartándome de lo mismo en que ahora ellos se entretienen, y cuando pienso lo que soy yo... pura nada y haber ofendido tanto a Dios, y no amarlo todavía como El se merece...»

* * *

Refiero ahora una anécdota que le oí: «Me leía mi madre un día la vida de Santa Teresa de Jesús, cuando era pequeñita, y me hablaba de los santos, y ¿sabe lo

que se me ocurrió? Pues decir: “Yo también voy a ser santa.”»

Su camino fue ciertamente el de los santos.

* * *

«Las únicas ilusiones de mi corazón —dice ella— son ser toda de Jesús, no deseo otra cosa que amarlo con el perfecto amor que le amaron los santos. Créame, no tengo apego a nada. Cada vez siento más ardor de seguir este santo camino de las almas vírgenes, se lo digo con toda deliberación como la Santísima Virgen, y resuelta a todas las contrariedades que me sobrevengan. Mi amor para Jesús, mi corazón para Él, mi ser entero le consagro, hágase su voluntad.»

* * *

«Quiero amar y servir a Jesús donde mejor le ame, donde le salve más almas, donde mejor le agrade, y ya sé que lo que mejor le agrada a Jesús es la virginidad.»

«Estoy decidida a no casarme si no se me arregla la entrada en el claustro.»

«A un joven que me iba a hablar sobre el estado matrimonial, le dije que no se molestara en proponerlo y lo despedí.»

* * *

«Quiero ser virgen y santa cueste lo que cueste. Sáqueme de este mundo donde creo que mi alma corre mucho peligro, esté con las monjas, haga algo por mi alma.» «Dígale muchas veces a Jesús qué quiere de mí, que yo no quiero otra cosa que amarle y cumplir su santa voluntad.»

»De mí dire que tengo deseos de ser muy buena..., pero me apena el pensar lo que dicen los Santos que

“los deseos matan al perezoso”, porque veo que no hago nada de provecho. Veo además lo bueno que ha sido el Señor conmigo, pues sin yo conocer el camino de la virtud, El me ha llamado hacia Sí. Cuando esto veo, no puedo menos de exclamar: Dios mío, cuánto os debo, y sin embargo qué poco correspondo!

»¿De qué sirve la vida si no la empleo en amar a mi Dios? Dios mío, yo quiero amarle con todo mi corazón y ser toda suya. Padre mío, todo mi deseo es consagrarme a Dios en un convento, no lo dude, cada día más lo deseo...»

* * *

«En lo tocante a mi vocación, dígame lo que debo hacer, el tiempo pasa, el mundo es muy seductor, yo, aunque nada de él me llene y nada quiero, sin embargo hay peligros, y yo soy muy poco mortificada, y aquí tal vez corre peligro mi pobre alma. Quiero ver en sus palabras la voluntad divina.»

* * *

«El origen de esta carta es para que me exhorte a vivir mejor, puesto que en breve, si Dios quiere, principio otro año. Si mal no pienso pasan de cinco los que llevo bajo su dirección... Deseo me escriba Vd. antes de año nuevo... Cuando empiece el año he pensado hablar a mi madre, ruegue Vd. para que todo se arregle pronto y me desprenda de todo para volar al claustro. Le aseguro, Padre, por la divina misericordia que nada deseo sobre la tierra, ni los bienes de ella, ni el aplauso, ni la estimación de las criaturas. Aquí y en el claustro, si Dios quiere, sólo deseo corresponder al amor inmenso de nuestro Dios, reparar mis pecados y seguir a Jesús por el camino del dolor. ¡Oh! esto sí lo deseo,

pero bien veo mi indignidad y lo poco que hago para merecerlo.»

* * *

«Mis pobres deseos son solamente amar a Jesús todos los días de mi vida. Un día salía de mi corazón lo que decía Santa Teresa:

Dadme muerte o dadme vida,
salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad,
dadme guerra o paz cumplida,
flaqueza o fuerza a mi vida
que a todo diré que sí.»

Las virtudes de Sor M.^a Gemma, puestas a prueba

Pensé copiar solamente algunos pensamientos de sus cartas, pero me veo precisado a decir algo de su personalidad para ver más resaltada su virtud, pues no era una joven ñoña, poco sensible a cualquier acontecimiento.

San Pablo nos dice que *«todos los que quieran vivir piadosamente sufrirán persecución»* (2Tim. 3,12), y ¡qué mucho que nuestra biografiada tuviese que sufrir cuando quería darse de lleno a Dios! No le faltaron enemigos por dentro y por fuera, que trabajaban para oponerse y ver frustrados sus deseos de ser santa, pero ella apoyándose no en su debilidad sino en Aquel que todo lo puede, salió plenamente victoriosa.

Su virtud predilecta era la virginidad y por ella sufrió muchos embates del enemigo, pero al igual que una caña bamboleada por los diversos vientos permanece en pie sin quebrarse, así permaneció esta alma angelical, cual flor intacta sin haberla podido marchitar

ni el demonio ni el mundo ni la carne con todas sus sugerencias, apetitos y regalos.

Era de un carácter alegre, vivo y sanguíneo, y le tocaba luchar constantemente por reprimir las representaciones de pensamientos obscenos que la atormentaban.

En cierta ocasión la vi llorar y decía: «Padre, no me extraña que Santa Gema se arrojase en un estanque de agua helada, pues mis tentaciones son muy grandes.» Pasada la tormenta de los malos pensamientos, al reflexionar sobre el verso: «el sentir no es consentir, consentimiento ha de haber junto con el advertir», exclamaba: «¡Qué bueno es Dios conmigo! Lo único que me preocupa es pensar que algún día pudiera pecar. Por mirar a otras personas me han venido pensamientos feos, mas quisiera quedarme ciega antes que pecar.» «Pido a Dios verme libre de este cuerpo y del mundo... y pido que me dé qué sufrir por El.»

A las tentaciones contra la pureza seguían otras contra la fe y otras de orgullo..., pero pronto las apaciguaba con su oración fervorosa y frecuente y con la lectura de libros de santos...

* * *

Cierto día le dijeron a su hermana Brígida unas amigas, que Victoria era muy extremada, que no quería ir al baile, que sólo quería estar en la iglesia, y no debía ser así. Esta le dijo después: «Mira lo que han dicho de ti», y le contestó: «Me tiene sin cuidado, pues lo mismo me da que digan que soy lista, que soy buena o que soy rara...»

El enemigo no dejaba de contrariarla por su familiares. «Los de casa, decía, me dan muchas molestias. Cuando quiero leer cosas espirituales, me dicen que les

ayude en otras cosas, que en realidad no les hago falta, mas yo no me enfado, siempre estoy alegre con ellos.» Tal era su carácter en medio de las contrariedades: afable, alegre, risueño.

—*A la virtud de la obediencia* le daba mucha importancia. Su madre no tenía más que indicarle algo para que lo hiciese, y ella inmediatamente, sin pérdida de un segundo de tiempo, se ponía a hacerlo. Y así sucedía que si estaba, v.gr., barriendo, no daba un escobazo más tan pronto le indicaba la menor cosa, y lo mismo si estaba terminando de coser algo, al momento dejaba todo para atender lo mandado. Su madre lo reconocía, y admirada le decía: «Pero, hija, ¿por qué no terminabas de barrer o de coser y luego lo hacías? No seas extremada.»

Su obediencia era ciega, porque veía a Dios en el superior, y en materia de dirección no hay que especificarlo aquí, ya que sus palabras y sus cartas lo manifiestan.

Con motivo de las fiestas populares que se celebraban anualmente en Fuentesauco de toros y bailes (y aunque éstos eran honestos, y solían presenciarse en la plaza pública), me escribió diciendo:

«Padre, no pecaré por no obedecer a mi familia que quiere vaya a los toros. Mi madre llora porque me quiero meter monja, sin duda para que asienta a lo que ella quiere y le dé gusto, pero por ese fin me quedo tan tranquila.»

«Mucho me duele tener que ir al baile, sólo voy porque no me riña mi madre. Ella es buena, pero no entiende bien las cosas de la virtud, como Vd. me dice. Ayer fui y me hicieron bailar un baile, pero ¡con qué repugnancia! ¡Cómo sufría!

»Yo no pude menos de estar pensando en la medita-

ción que había tenido por la mañana, mientras éste duró. ¡Cuántas almas estarían cayendo en el infierno!» Otro día repetía: «Asistí al baile por dar gusto a los de casa, pero con el cilicio puesto.»

Inocente y mortificada

Un día hizo confesión general de su vida, y una vez oída ésta, no pude menos de decirle: «Dios ha derramado muchas gracias sobre ti, pues por su misericordia no has cometido en tu vida un pecado mortal, y tienes que darle muchas gracias y vivir cada día más entregada a Él y con temor de no ofenderle jamás.»

Más tarde, reflexionando ella sobre estas palabras, hace este propósito: «Jesús mío, os agradezco con toda mi alma y como venido de Vos, de no haber estado nunca en pecado mortal, y en agradecimiento a esta gracia que habéis derramado sobre mí os ofrezco hacer penitencia toda mi vida según me la imponga mi superior. ¡Viva Jesús!»

Era inocente y anhelaba hacer penitencia para evitar pecados propios y expiar los ajenos. «Yo quisiera —añadía— me dejase Vd. mortificar algo más porque el tiempo se pasa y yo no hago nada por Jesús, y quién sabe si por no mortificarme me vengan malos pensamientos, Lo que Vd. diga, nada más.

Algunos propósitos de Sor M.^a Gemma

Un día, al hablarme de propósitos que había hecho, le dije me los presentase por escrito, para verlos y aprobárselos si convenía. Estos nos revelan su espíritu de piedad y mortificación:

—«Jesús mío, os ofrezco hablar lo menos posible como un poco de mortificación para gloria de vuestro

purísimo Corazón, y os prometo no hacer mi voluntad, sino la vuestra por medio del superior.

—Dios mío, os ofrezco para siempre no volver a usar el abanico, y esta mortificación en beneficio de España (entonces estábamos en la guerra civil). Vos sabéis lo que necesita, concedédselo, os lo pido por intercesión de vuestra Santísima Madre.

—Jesús mío, os prometo, siempre que contradigan mi voluntad llevarlo con paciencia y manifestarle más agrado a quien me contradiga, y además el no volver a cantar canciones de la calle, solamente las piadosas, y no hablar cosas que no estarían bien en labios de los ángeles.

—También os ofrezco no mirarme más la cara al espejo. ¿Qué es la gloria del mundo? Sombra que pasa, espuma que se deshace y flor que se marchita, vanidad de vanidades.

—Por la mañana tomo un reconstituyente, que sabe muy mal, y por un poco de mortificación, no tomo nada después.

—En un primer viernes de mes me dijo que había hecho este ofrecimiento: «Hoy os ofrezco no tomar nada hasta mediodía, para desagraviar a vuestro Corazón por las blasfemias que contra Él se profieren.» (Yo tenía que salir al paso para que no se extralimitase.)

—Después de una Visita al Santísimo: «Jesús mío, os ofrezco morir por vuestro amor, aceptad este mi deseo; haced que mi vida sea imagen de la vuestra para glorificar vuestro Nombre y convertiros almas.»

—Entre otras mortificaciones rezaba algún misterio del rosario con los brazos en cruz, también tres Ave-marias con las manos bajo las rodillas a imitación de Santa Gema para conservarse pura a los ojos de Dios, se daba varios pellizcos en los brazos, besaba el suelo,

solía llevar durante tres días por semana unas dos o tres horas el cilicio...

—Mortificaba los sentidos teniendo siempre la vista recogida, no olía flores o lo que pudiera recrear el olfato, se privaba varias veces de comer caramelos que le daban.

* * *

—Las siguientes ideas nos manifiestan su manera de vivir y de pensar. En el vestir era muy sencilla y muy modesta, y un día me dijo:

«Yo nada más quisiera usar un vestido y cuando se rompiera poner otro, y no hacer muchos para vestir ahora uno y después otro en el mismo día, como hace la gente, ya que el vestido se ha hecho para cubrir el cuerpo.»

—El mundo la contrariaba, pero ella vivía cada vez más hastiada del mundo y despegada de él, y no concebía cómo almas que pasaban por religiosas anduvieran con frecuencia de paseo llevando vida de sentidos...

—Ante una contrariedad sufrida contestó: «Yo estoy conforme con la voluntad divina; habían de contrariarme en todo y me parece que viviría tranquila. ¡Viva Jesús!»

—Cuando tenía una tentación o pensamiento de vanidad miraba a la palma de la mano donde tenemos grabada la letra M que le recordaba la muerte.

En una carta decía: «Me parece que en pocas palabras puedo ponerle al corriente de mi vida: muchos deseos de ser santa, que nunca los aminorarán mis muchos fallos, antes bien los avivan más y más; sólo siento ansias de estar enteramente unida a Dios:»

¿Quién no ve en estos breves rasgos trazados la vida de piedad y de mortificación que Victoria llevaba

ya en el mundo? A veces hacía alguna tontería para no parecer buena a los ojos de los demás; pero tanta virtud atesorada en su alma no podía menos de irse revelando ante cuantos la trataban, y de tal manera que los que la conocían terminaban repitiendo «Victoria es una santa.»

* * *

Leyendo un pensamiento sobre el amor que Jesús tenía a los hombres, donde se decía que El estaba dispuesto a padecer y morir de nuevo por ellos, espontáneamente y en alta voz dijo: «Oh, no, eso no, Jesús mío.»

* * *

Un día con gran alegría me dijo: «Ahora me deja mi madre ir a Misa todos los días. ¡Con qué gusto me quedaba después en la iglesia mucho rato!... Me da pena pensar que se queda solo Jesús en el Sagrario, y que haya almas que salgan en seguida de la iglesia después de comulgar y hablen tan disipadas sin darse cuenta. Mi dicha sería estar siempre amando a Jesús y en su presencia.»

Otras cosas relacionadas con Sor M.^a Gemma

Un día quiso su hermana Brígida hacerla salir de paseo, y como ella no tuviera gana, le dijo: «Si quieres que salga de paseo, vamos rezando un misterio del Rosario», y le hizo rezar tres. Otro día se negó a ir con ella porque a donde iba le parecía estar perdiendo el tiempo por hablarse allí de cosas indiferentes.

Las dos hermanas solían dormir en la misma habitación; mas Victoria esperaba a que ella se acostara, y luego apagaba la luz y se quedaba un poco rezando

en la oscuridad de la habitación diez Avemárias con los brazos en cruz, y como la otra lo notase, le dijo: «Antes, de pequeña, no rezabas tanto, te quedabas dormida», y ella le contestó: «Pues ahora rezo por lo poco que rezaba entonces.»

Otro día me dijo a mí: «Me ha quedado grabada en mi imaginación esta frase del Kempis: «Date a la compunción, y te sentirás más devota.» ¡Qué gusto siento en practicar esta máxima cuando veo el baile u otra diversión donde se pierde el tiempo!»

La oposición del mundo

Sor M.^a Gema tenía muy presente que para ella el mejor medio de conseguir el fin para el que Dios nos había creado, era el estado religioso; mas el enemigo le armaría la guerra continua, especialmente por sus familiares.

Ya a sus 16 ó 18 años me dijo: «Siento grandes deseos de entrar en un Convento y consagrarme a Dios para siempre.» Esto me movió a decirle que se lo insinuara a su madre de esta manera: «Madre, ¿sabes que a veces pienso que sería feliz en un Convento?», y que se callara, pues le daría inmediatamente esta respuesta: «Tú estás loca, deja de pensar en esas cosas», y efectivamente así sucedió, y esto se lo volvería a decir unos meses más tarde, y luego con más frecuencia para ver si se hacía a la idea, y siempre había de tener la misma respuesta negativa, la que sería constante en sus padres por bastantes años.

En una de sus cartas decía:

«Padre, ruegue mucho por mí; mire, tanto en mi casa como en casa de mi tía todo se vuelven contradicciones; yo a todo me callo, lo llevo con paciencia; nada más quiero que Dios esté contento de mí, ¡si viera

Vd. los deseos que tengo de ser buena! Algunas veces digo: "Dios mío, siendo Vos el creador de todas las cosas, ¿cómo se acordará mi corazón de las criaturas?" Con estas cosas de mi madre he sufrido algo estos días, no por lo que hace a mí, sino por Vd., le decía yo a Jesús: "Jesús mío, mandadle cruces a mi P. Espiritual para que sea santo, pero no se las mandéis por mi mediación; mas si El lo quiere así, ¡bendito sea!"» Veamos ahora porque decía esto:

Su madre, que quería con delirio a su hija, temía verse un día separada de su lado, y por eso le solía decir: «Si puedes ser buena en el mundo sin ir al convento», y como muchas veces no la dejase ir a Misa por ver si así dejaba de pensar en su vocación, al considerar que era cosa inútil, determinó dejarla todos los días; pero al verla más de lleno entregada a Dios y cada día con más deseos de retirarse del mundo, y creyendo que el culpable era el Padre Espiritual, que le metía tales ideas en la cabeza, empezó a despotricar de mí, y así cierto día, puesta a la puerta de la casa hablando en alta voz que la oía su hija y algunos vecinos y otro hermano de Victoria (que era barbero y solía ir de vez en cuando a mi casa a arreglarme), dijo al verme pasar de lejos: «¿A qué habrá venido ese cura a este pueblo? Cuando vayas a afeitarlo le cortas las gorjas.»

La pobre se puso como loca. El amor carnal a la hija la cegaba, pero el Espíritu de Dios que estaba en el corazón de Victoria como en su templo, le inspiraba mayores deseos de separarse cuanto antes del mundo, y en El confiaba, como decía, de que llegaría el día en que todo se arreglaría.

Empieza la lucha

Victoria se daba cuenta de aquel texto evangélico:

«No penséis que he venido a poner paz a la tierra..., porque he venido a separar al hombre de su padre y a la hija de su madre... y los enemigos del hombre serán los de su casa» (Mt. 10,34-35). La lucha se entabla y sabe filosofar y así va deshaciendo los lazos que quieren aprisionarla al mundo.

«De mi familia —escribe— le diré que un día se opusieron mucho conmigo, contra mi queridísima vocación, y por último mi madre. Estando a solas me dijo que procurara distraerme y cantar, que eran manías, y le dije que ni el mundo entero podría, cuanto más dos o tres personas, y me decía más, que si era yo obediente (pues sabía que siempre le obedecía en cosas insignificantes), no lo haría, y le contesté que en esto sería desobediente. Entonces me dijo que haría un hecho conmigo o con ella. Le fui a decir las palabras del Señor que *«no caería de nuestra cabeza un solo cabello sin su voluntad»*, y no me dejó terminar.

»Cuando me dijo que no me dejaría entrar monja, le dije: “Si me muriese ahora también me apartaría de su lado. Además, si tiene fe no debía decir eso. Mejor debía querer Vd. que a la hora de su muerte estuviese en un convento mejor que en el mundo donde hay más peligros”, y se calló.»

Mientras yo viva, volvería más tarde a repetir la madre, no te dejaré entrar monja», y ella le volvió a responder: «Si es la voluntad de Dios, ya verá como ustedes me dejarán un día y no se opondrán.» «Pero no nos quieres», le replicaba su hermana. «Oh, sí», les decía, «mira, Santa Teresita entró monja y salvó a su familia. Esto haría yo con vosotros, ¿te parece poco lo que os amo?»

Mi salida de Fuentesauco

Llegaron los días en que, con motivo de la guerra que estalló en España en 1936, me marché al frente como Capellán militar, y mi partida sin duda fue providencial por lo que hace al caso de Victoria, para que su madre se ablandase y depusiera sus resentimientos contra mí, y se pusiera más de manifiesto la vocación ya tan probada de su hija...

Esta en una de las suyas me decía:

«Hoy le he hablado muy en serio a mi madre, llora mucho, le he expuesto razones que Dios me llama por ese camino, que voy a escribir y que me voy pronto si Dios quiere, y en fin lo que me ha parecido y en forma que ha podido ver mi decidida y pronta resolución. Por tanto en sus manos me pongo, me parece ocasión oportuna para arreglarlo en seguida. Padre, yo creo que ya no es tiempo de esperar..., no me abandone hasta que no me encierre allí para siempre, pero pronto.»

En otra dice: «Yo desearía que Vd. viniera por aquí antes de partir para allá; todavía se oponen, pero me dejan obrar. Estoy pidiendo al Señor ablande su corazón. No obstante, yo estoy decidida a no dejar esto más tiempo... Mi madre llora mucho, y a mí me parece no debemos aflojar, tiempo es ya...»

Como Victoria me escribiese hasta tres cartas al frente, y se pasase tiempo sin contestarle, al fin ante su queja, y al ver que la tempestad arreciaba contra ella, me determiné poner manos en el asunto, y escribí a su madre, y al ver mi carta le dijo a su hija: «Creerá don Benjamín que me va a convencer», y le dio mi carta para que me la devolviera, y como por casualidad la conservo (pues la puse con las recibidas de su hija, cuya virtud me llamaba la atención), transcribo algo de

su contenido: «El Capellán del Regimiento de Calatrava saluda a doña Gregoria, y a la vez se decide a hablarle del asunto de su hija Victoria. No quisiera molestarle en nada, sino que medite y reflexione sobre estas mis palabras: Una madre y más Vd. tiene que tener un amor muy grande a su hija por ser lo que es, «una santa», como suelen decir los que en ésa la conocen... La vocación religiosa de su hija es grande y bien probada... Es vocación de Dios..., no debe oponerse a que entre en el Convento... Le auguro que ninguno de sus hijos le dará a Vd. tantos días de gloria como Victoria... Ofrezca a Dios sus sufrimientos y el sacrificio de verse desprendida de ella, pues tal vez por medio de estos sufrimientos y cruces que Dios le envía, le prepare el mérito de ser un día “madre de una santa”... Dios es el que prepara el camino a las almas que llama.»

Victoria siguió sufriendo confiada, y sus oraciones fueron ablandando el corazón de la madre, y me escribió más tarde diciendo: «Usted no se preocupe de nada, y si viene por aquí no tema el verse con ellos (con mi madre mucho mejor), pues le he dicho que no tiene que culpar a nadie, a Vd. al que menos, que he sido yo la que le he molestado, yo quien le elegí de director, pues la vocación no se va a consultar con un sastre, se hará con los que Dios ha puesto en la tierra. Padre, por amor a Jesús no dilate más el tiempo».

Se acerca el día de la despedida

Sus padres le habían dicho ya que la dejaban obrar con libertad, aunque la decisión de entrar en el convento era contra su voluntad..., y ella, al fin, se decide a preparar sus cosas para la marcha.

En marzo de 1938 ve la solución clara y escribe:

«La buena noticia que me manda, me satisface mucho. Yo ahora procuraré arreglar lo que crea necesario; confiando que no habrá más dilación sobre la fecha indicada. En seguida comuniqué lo que mandaba de la fecha. Es verdad que le cuesta mucho, pero al fin se inclinan por ese lado, y Dios siempre bueno les comunicará la paz y la conformidad, y dilatarlo no me parece, pues ellos ya están en ello, y mejor es cuanto antes. No se haga nunca mi voluntad sino la de Dios».

«Victoria» con su constancia salió *vencedora*. Esto indica tu nombre, le decía muchas veces, y vencerás al mundo, y así sucedió...; mas la despedida sería algo desgarradora. Aunque su madre le dejó recoger la ropa para marcharse al convento, seguía la lucha interior en ella, de tal modo que al llegar el momento de irse al coche que salía de Fuentesauco, directo a Nava del Rey e intentar abrazar a sus padres, ocurre una escena algo desgarradora, pues la madre quería por un lado satisfacer los deseos de su hija y por otro que no se apartase de ella, y ¿qué hace la madre? Al ver que Victoria extiende los brazos para abrazarla, ella se arroja al suelo con los brazos cruzados para que no la pudiera abrazar, y su padre ante la actitud de la madre, se negó también a abrazarla.

Victoria entonces con dolor en su corazón (lo que nos recuerda algo de la Pasión del Señor en aquel trance cuando dijo al Padre: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»), pero con la sonrisa en los labios y una alegría indecible en su interior, mientras dejaba tristes y llorosos a sus padres, los que no comprendían su dicha, les dice: «Cuidad de vosotros y de vuestros hijos siendo buenos», y así se separó solita de su casa y de su pueblo natal con su atito de ropa.

Era el 22 de mayo de 1938, mes de las flores, mes de María, Madre a la que ella tanto amaba..., y en ese día subió al coche de línea, y con la circunstancia que aquel día no subió ni un viajero y en él fue también solita, mas los ángeles la acompañaron (como un día le oí decir) y Dios hizo que aquella flor virginal fuese transplantada del mundo al claustro donde se había de esconder para esparcir ahora sus aromas sobre este mundo tan necesitado de almas santas, y para brillar después en presencia de los escogidos por toda la eternidad.

A los pocos días se hablaba en la villa de Fuentesauco y sus contornos de la ida de Victoria al convento y se comentó que hubo cierta conmoción entre las jóvenes que la conocieron y varias de ellas (entre otras, mi hermana Socorro y Juliana, también hija de Fuentesauco y otras varias, unas seis, que la conocieron), al poco tiempo tomaron también la resolución de ser religiosas.

* * *

Victoria tenía una amiga de Nava del Rey, llamada Anita Roiz, a la que estaba muy agradecida, pues por ella conoció la existencia del Convento de Capuchinas, y siempre suspiraba por entrar en él, porque allí irían derechitas al cielo, fin de las almas buenas. Y poco antes me escribió:

«Sólo por el pecado mortal podía ser aborrecida de Dios, pero aquí renuevo que «mil veces morir antes que pecar». Presiente mi pobre y miserable corazón que llegaré a la santidad, abandonada en los brazos de Dios y en la protección de la Stma. Virgen, y también presiente que no he de pasar por el Purgatorio, porque pienso que cada vez que viene Dios a mi corazón,

aunque yo no sienta nada, lo va purificando y no tengo necesidad de Purgatorio». Un alma, que vive en el mundo con estos pensamientos santos de entrega a Dios, ¿cómo vivirá en el convento, antesala del cielo por el que tanto suspiraba?

* * *

Recuerdo ahora, antes de pasar adelante, algo que conviene tenerlo presente para valorar la perseverancia de Victoria en su vocación, y cómo tuvo que superar varias pruebas antes de su despedida «desgarradora» de que antes hablé.

Cuando ella contaba 20 años de edad estaba dispuesta a escaparse de casa —como se lo tenía indicado a sus padres—, si yo se lo aprobaba, porque así creía cumpliría mejor la voluntad de Dios, que le llamaba a consagrarse a Él totalmente. Mas ante la oposición tan abierta de ellos, le aconsejé permaneciese a su lado hasta que fuera mayor de edad.

Por entonces además de las contrariedades y dichos de los familiares tuvo también varias repugnancias y pruebas, y le parecía oír al diablo: «¿Te vas a encerrar en ese convento para siempre?», mas ella rechazó todas las tentaciones y persistió en su vocación.

Victoria llegó a los 23 años (los que entonces se requerían para mayoría de edad); pero días antes estalla la guerra civil en España y su madre sigue tan ciega que no puede tolerar que su hija se separe de su lado, y le dijo: «Si te vas al convento, me tiro a un pozo». Esto le impresionó tanto que le hizo atrasar más tiempo su entrada en él, aparte de las circunstancias de la guerra que también lo aconsejaban; pero como los meses se pasaban y la guerra continuase, ella persistiendo en su idea me escribió así:

«Va a hacer un mes que le escribí y no he tenido contestación. En ella le comunicaba la oposición de mis padres, a los que he hecho entender que me marchaba. Escríbame pronto, quiero hacer la voluntad de Dios y ser obediente. Lo dejo en sus manos...

«Sepa que voy a hacer 25 años, que no soy Gema y puede haber muchos peligros aquí para mi alma. ¿Se ha ovidado ya de las almas que le han sido confiadas? Demás está el decirle lo que aconsejaba un santo Padre: «Si tu padre o madre se opone a la vocación que Dios te llama, pasa por encima del cadáver de tu padre o de tu madre». Acaso no esté bien, mejor lo sabrá Vd.»

Le suplico me escriba pronto con lo que piense y me escriba directamente a mí, no hay inconveniente; sus cartas han sido respetadas».

Total, que después de tantas tentaciones, contrariedades y pruebas, Victoria se fue al convento en la forma antes descrita. Bien creo que ésta es una vocación excepcional, bien probada y perseverante, ejemplar y digna de imitación.

2.ª Parte: SOR M.ª GEMMA EN EL CONVENTO

Llegó, por fin, para Victoria, el día tan ahelado de verse separada del mundo y agregada a la Comunidad de Religiosas del Convento de Madres Capuchinas de Nava del Rey, en el que se halló como en su verdadero centro.

A los pocos días me escribe: «Con gran júbilo de mi corazón le escribo desde la casa del Señor, donde ingresé el día 22 del actual. Gracias por cuanto hizo por mí... Usted pida al Señor que le sea fiel hasta la muerte, y

si Él prevé que no ha de ser así me mande la muerte, pues yo no quiero vivir si no es para amarle cumpliendo siempre su santísima voluntad...»

A los seis meses de estar en el convento me vuelve a escribir: «Ahora le invito para la toma del Santo Hábito que será D.m. el día 26 de noviembre, y si fuese gusto de Vd. el venir para recibirle de sus manos, no lo es menos el nuestro y en ello encontraremos agrado. Por lo demás yo siempre viviré agradecida, pues después de Jesús a Vd. le debo el estar en este santo lugar» (y yo digo: más que a mí se le debe a la gracia de Dios y su constancia).

«En lo tocante al nombre, mejor sabe Vd. que yo, lo mucho que debo a Gemma, y por eso he tenido el gusto de llevar su nombre. Encomiéndeme mucho a ella para que imite sus virtudes y no me conforme con llevar solamente su nombre, pues ese es también mi deseo...»

«¡Viva Jesús!, sí, viva Jesús y bendito sea por todo, pero en particular por esta gracia de la «vocación» que cada día me hace más feliz entre mis Capuchinitas».

Poco después me pidieron del Convento alambre especial para hacer cilicios, y refiriéndose a ellos me dice: «... más para las hijas espirituales que tenga Vd. y quieran ser monjitas deseo que no se los deje, me gustaría que cuando le pidan penitencias les imponga comer y dormir bien para que sean fuertes y a donde el Señor las llame puedan con la aspereza y penitencia de la Religión, que en todos los conventos las habrá más o menos...»

Carta de Sor Gemma a dos amigas

Estas amigas eran dos hermanas mías: Margarita

(que murió hace pocos años) y Socorro, que iba a entrar con ella en las Capuchinas, y al fin entró en las Esclavas del Sgdo. Corazón de Jesús.

—*A Margarita le dice:* «Yo tengo muchos deseos de ser santa y si vieras que aquí si no se es santa es porque no se quiere, pues los medios son abundantes, y libre de todo trato humano. Casi podíamos decir: nuestra conversación está en el cielo, y mejor aún, nuestra conversación debe estar en el cielo. Desde luego para mí es una delicia ser toda del Señor; pide mucho que no le niegue nada».

Parece ser que en otra Margarita alababa la virtud de Sor Gemma, y ella le contesta de esta manera:

«Créeme Margarita, si no me hubiese contenido, las lágrimas hubiesen brotado de mis ojos; pero... si verdaderamente queremos ser humildes, igual debe darnos que nos alaben o que nos desprecien. Porque «¿que tiene el hombre de bueno que no lo haya recibido de Dios? Y si lo ha recibido, ¿podrá vanagloriarse por ello?». Sólo Dios es bueno y digno de ser amado y alabado sobre todas las cosas. Además los hombres pueden juzgar por el exterior solamente, mas Dios que penetra los corazones, ¡cuántas veces será a sus divinos ojos digno de reproche, lo que al hombre le parecen virtudes!...

Vivamos santamente. Si a las almas del Purgatorio o al pobre condenado le diese el Señor el tiempo que ahora está en nuestras manos, ¡cómo lo aprovecharía! ¿Verdad? Pidamos a Dios nos dé su gracia para hacer en todo su santa voluntad, y esto es la verdad... lo demás todo mentira».

—*A Socorro le escribió también.* Entre ellas hubo bastante correspondencia y pensaron entrar en el mismo día en el convento de las MM. Capuchinas, pero

circunstancias especiales motivaron la ida de mi hermana a las Esclavas del Sgdo. Corazón de Jesús. Entró, pues, primero Victoria en su convento, y desde él cuando aún continuaba Socorro en el mundo (y abrigaba la esperanza de que hubieran entrado juntas), le escribe así:

«Queridísima amiga en nuestro amado Jesús: Con pena te escribo en este día en el que pensaba darte un abrazo muy fuerte. No permita el Señor se alargue demasiado... (aún no sabía la decisión que había sido tomada por mi hermana), y añade: «No creas que es tan austera esta vida, pues yo no puedo menos de exclamar: ¡Dios mío! si esto es riguroso, ¿qué serán las que son más amplias?... Suspiro mucho por verte aquí...»

Otro día le escribió así: «Todas las Ordenes Religiosas están bien, puesto que todo dimana de Dios, mas éstas del glorioso San Francisco de Asís tienen muchos privilegios. De él se dice que el fue el santo que más imitó al Señor en la pobreza. Y si bien es cierto que hacen falta almas de acción, no lo es menos que el Señor se complace más en las de oración, aunque todo está bien cuando no hay otra mira que la de agradar a Dios y hacer bien a las almas.

También en la acción hay el gran peligro de la vana gloria, y es más fácil la disipación, en cambio por la oración Dios comunica sus luces al alma humilde para sí y para los demás...».

Al fin hubo separación y siguieron escribiéndose y se prometieron fiel amistad y oraciones mutuas.

Después de su profesión o toma de hábito

Me escribió para felicitarme en los días de Navidad y mandarme unos versos, «que canté, dice, el día de la

Profesión; por los que verá que mi dicha es muy grande en la Casa del Señor». Entre otras cosas me decía:

«...Esta es la mayor preocupación de mi vida. No tengo en ella más deseo que ser amada de mi Dios, y amarle y cuanto es posible que le ame una simple criatura.

Mucho le agradecí se quedase para darme la sagrada Profesión. De ese día le diré que estuve como un palo seco. Jesús quiso darme una gota de su cáliz, mas después me llevó al Tabor haciéndome sentir que me amaba».

De los versos, que encabeza con este título: «*Canto a mi amado Jesús*», copio sólo tres estrofas, por no alargar excesivamente este esbozo de biografía.

— Gracias te doy Dios mío, yo no lo merecía,
Tú me lo concediste por sola tu Bondad.
Los ángeles y santos te alaben y bendigan.
Yo con ellos adoro tu santa voluntad.

— En este claustro amado deseo Jesús mío
Vivir oculta y pobre por tu divino amor,
Cual violeta humilde escondida en la tierra
Tú solamente aspiras su perfumado olor.

— Ser pura para siempre es toda mi alegría.
Esta virtud sublime fue siempre mi ideal.
Correr tras ella anhelo con gozo y con presteza.
Por solo tus amores ¡oh Lirio sin igual!

Sor Gema siente inundada su alma de paz y dicha por verse unida como ella dice, a Dios con los lazos tan divinos de obediencia, clausura, pobreza y castidad.

Mi regreso a Fuentesauco

Al terminar la guerra civil española, renuncié a seguir como capellán en el ejército, y decidí volver a Zamora y estar con el Sr. Obispo para ver que me aconsejaba en los planes que abrigaba; mas después de la entrevista me dice: «Debe volver a Fuentesauco, pero como párroco». Estas fueron sus palabras textuales.

Yo no había soñado volver a este pueblo donde había pasado ya siete años como Coadjutor. Reflexioné, y en realidad, aunque otros eran mis pensamientos, acepté gustoso y me hice cargo del pueblo natal de Sor Gema, en el que ya había pasado la flor de mi sacerdocio.

Desde Fuentesauco empezarán nuevas relaciones con Sor Gemma y con su madre. De ambas hablaré.

Sor Gemma se alegró al saberlo y dijo pediría mucho en los Ejercicios, que entonces iba a hacer, por el pueblo, y añadió: «Quiera Dios N. Señor que todos salgamos de ellos transformados y con su gracia resueltos a seguir valerosamente a nuestro buen Jesús, especialmente por el camino de la «cruz» y continua mortificación de todos nuestros sentidos y pasiones que tanto se oponen a nuestro progreso espiritual y que tan contrarios son a la pureza que Dios pide de nosotros.

También pediré a Jesús que ilumine a esa juventud, para que vean que todo es vanidad en el mundo excepto servir a Dios para que aumente el número de almas, que dejándolo todo se entreguen a Jesús».

En otra de felicitación de Navidad dice: Pido al Divino Niño le colme de bendiciones para ejercer con la mayor perfección su alto ministerio y en todas sus obras pueda complacerme el Señor y mirarlas con agrado resultando de ellas su mayor gloria y el bien de las almas. Usted no se preocupe de sí, que ya cuidará el Señor, que tiene gran solicitud de las almas generosas

que se le entregan y trabajan por él sin mirar por sí y sus cosas. Así imitará con más perfección a Jesús. Él no buscaba su gloria, sino la del Padre celestial. También estará más desnudo de todo lo terreno y el enemigo tendrá menos por donde agarrarle, pues no ignora Vd. que los Religiosos y Sacerdotes son el bocado más favorito del demonio. Así, pues, ¡Cuán grande tiene que ser nuestro desvelo y mirar y remirar nuestras acciones para ver que espíritu las anima!

Bueno, no sé si me he metido donde no debía, lo que quiero es que Vd. sea santo y pida mucho para que yo lo sea también. Ahora me pide el Señor mayor santidad que en el siglo en virtud del estado que he abrazado, y por lo mismo necesito mayores gracias para cooperar»...

«Yo estoy admiradísima de la santidad que veo en estas almas santas y anhelo muchísimo seguir sus ejemplos.» Pida Vd. mucho, pues sería una desgracia estar entre santas y no serlo».

Petición de consejos

No dudo que extrañará a algunos el que yo llegara a pedir consejos a Sor Gema, pero quiero prevenirles diciendo que veía en ella a un alma extraordinaria entregada por completo a Dios y por lo mismo sus palabras me hacían mucho bien.

Por esta razón me moví, a los dos años de estar en el Convento, a suplicarle que, puesto que yo le había dado muchos consejos en la vida, esperaba y le agradecía que por vivir más en contacto con Dios en el claustro, me escribiera dándome algunos a mí y cómo veía ella que debía ser la perfección cristiana, la vida religiosa, etc.

Transcribiré dos o tres cartas sobre estos puntos. En

una de ellas me dice: «referente a su insistencia en querer recibir consejos míos, le diré que tengo igual virtud que cuando estaba en esa (si es que tenía alguna) y parece hasta vergonzoso que al mismo tiempo que ha dirigido mi alma y tiene la misión de dirigirlas por las vías de la santidad, le dé consejos una ruda e ignorante criatura...

Si no mereciera Vd. mi buen Padre, toda clase de respeto por su dignidad sacerdotal en vez de darle gusto, le echaría una buena riña. ¿Qué puede decirle una niña que no ha empezado a andar en la virtud?

Desde que estoy en esta casa me parece haber aprendido que la perfección consiste en desarraigar los vicios y poner en su lugar las virtudes. Usted sabe muy bien que para ser santo *basta querer*, porque cuando se quiere de veras una cosa se emplean los medios más adecuados, y no deja piedra por mover hasta conseguirlo.

Y si el sacerdote y lo mismo la religiosa pertenecen y son enteramente de Dios por su consagración, ¡cuán justo es que seamos santos!

Los medios ya los conoce, pero como quiere tanto humillarse..., le expresaré mis rudos pensamientos. «*Aunque tuviéramos el don de lenguass, si no tenemos caridad...*» (1 Cor. 13). Ya lo dice el Señor: «*Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, con todas tus fuerzas*» y a *Él solo servirás*. ¡Qué cosa tan natural! ¿A dónde, pues, ha de ir nuestro pobre corazón? y a quién ha de amar sino a nuestro Jesús? y ¡cuánto merece Jesús nuestro amor!

¡Oh! si meditáramos bien en el amor que Él nos tiene... sin duda ardería nuestro corazón en su divino amor. Jesús es nuestro creador, nuestro Redentor, nuestro Bienhechor, el mejor de los amigos, el esposo dul-

císimo de nuestras almas... Nos ha amado con amor eterno. Pidámosle que nuestro corazón viva y muera abrasado en su divino amor.

He leído que para reformar toda nuestra vida, bastaría poner gran empeño en el ejercicio del amor a Dios. «Si queréis saber si adelantáis en los caminos del Señor: mirad si progresáis en el amor».

También nos ayudará mucho para progresar en la virtud el recogimiento interior, que nuestra alma esté habitualmente en Dios, o sea, que apartemos nuestras potencias de cuanto distrae y disipa, y las tengamos en el objeto de nuestro amor. Esta era la conducta de los santos, estar siempre unidos al Señor, y sobre todos ellos la Virgen Santísima: «María no pensaba, no podía pensar más que en Jesús».

Espero que ya no me exigirá más de éstas, pues ya quedará escarmentado. Cuando termine de leerla, tendrá un buen dolor de cabeza».

Otra nueva carta

Es una de las que mayor bien me hizo. Este es su contenido: «Mi respetable Padre en el Señor: No puedo dejar por más tiempo sin dar cumplimiento a esta buena ocasión que se nos ofrece a los dos, ya que Vd. así lo desea, siendo para mí un placer el darle algún consuelo, a la vez que para mí es una prueba humillante, pero como hija de obediencia quiero obedecer, pues sé que así hago la voluntad de Dios que es para mí una ley inviolable.

Voy, pues a expresarle sencillamente mis pensamientos, lo cual haré sin rodeos ni cumplidos. Mas, Dios mío, que dirá Vd. de la libertad que su humildad hace tomar a mi orgullo. Pero en fin seamos lo que

somos y seámoslo bien, para dar honra al Artífice cuya obra somos.

Cuando un pintor hubiese hecho la obra más excelente del mundo, si no hizo lo que se le pidió, nada prácticamente habrá hecho. Cuando nosotros pudiéramos ser las más excelentes criaturas del cielo, deberíamos dejar el deseo de tan eminente estado por ser sólo lo que Dios quiere de nosotros. Cera debíamos ser para hacernos flexibles en sus manos a toda figura.

La gloria del santo amor consiste en quemar y consumir todo lo que no es él mismo, por reducirlo y convertirlo todo en él porque se exalta sobre nuestra aniquilación y reina sobre el trono de nuestra servidumbre.

Me dice que apoya su salvación y la de sus feligreses sobre esta débil caña. ¡Ah! cuánto me afligiría si así fuera por el peligro en que se expondría supuesto que yo pienso que no hay nadie que tenga más motivos de temer por la suya que yo considerándome tan mala e infiel a mi Dios. Pero tenemos que trabajar los dos sin cansarnos, pues yo siento sumo placer en cooperar a la salvación de las almas y en este punto quería ser muy útil a nuestro buen Dios. Pídaselo Vd. mucho.

Esto precisamente es lo que desea Jesús, almas enamoradas de su divino Corazón, que trabajen por su gloria y amor, conquistándole almas. Esto lo conseguiremos siendo almas santas, almas de oración y de mortificación.

Sí, sea muy amante de la oración, en ella conocerá cuanto necesita para sí y para sus fieles; en este santo ejercicio se aprende más que por cualquier otro medio, pues aquí es donde el mismo Maestro divino el que enseña. Si supiéramos gustar debidamente de Él,

¡cuán molesto se nos haría luego tratar con las criaturas!

Si aspira de veras a la santidad, ésta *depende de quererla seriamente*, y a este fin se encaminan todas nuestras acciones, procurando que nuestra conducta sea una copia viva de la conducta de Jesús. Él no buscaba su gloria. ¡Oh! por su amor no la busque Vd. nunca. Si acaso la recibe de las criaturas, diga presto: No a mí, Dios mío, sino a vuestro Santo Nombre sea dada la gloria, para mí el olvido, el desprecio, la humillación.

Vale, pues, cuidadosamente sobre ese pequeño rebaño y sea un caritativo Padre proveyendo a todas sus necesidades espirituales, y sobre todo haga que su vida nos sea un ejemplo de virtud y de buen olor, y así el Señor le colmará con sus bendiciones.

No sea interesado ni apegado a las cosas de la tierra, sino mantega su corazón libre, cuanto pueda, y no tenga respeto alguno humano cuando se trate de la gloria de Dios. Sea dulce y paciente con todos, a fin de dar confianza a cada cual y sobre todo a los pobres al dirigirse a Vd. en sus necesidades.

Tenga a todos por amigos y a ninguno por enemigo mientras que se pueda según Dios; pero sobre todo mi buen Padre, conserve su alma blanca, limpia de todo pecado huyendo de todas las ocasiones peligrosas.

Perdóneme la libertad de hablarle así; pero debe estar persuadido que proviene de un corazón que le ama tiernamente en el de N. Señor el cual me hace sentir tanta alegría por su adelantamiento en su santo amor, como si se tratara del mío propio; y mi consuelo será completo cuando me diga que no omite nada de cuanto pueda contribuir a su adelantamiento en la perfección. Esto es lo que yo le deseo».

A esta carta podría añadir algunas más por lo que se refiere a sus consejos y oraciones que le arranqué

en favor mío y de su pueblo, el que yo siempre consideraré como mío por los 14 años pasados en él, primero como coadjutor y luego como párroco. Sor Gema sabedora de ello me dirá;

«Mucho he pedido por Vd. y su pueblo, por el fruto de todos sus trabajos, para que produzca el ciento por uno, y ni uno solo grano caiga en el camino. Cuide bien de todos los niños y niñas, que se críen en el santo temor de Dios y se arraigue bien en sus almas el espíritu de fe».

El cambio obrado en la madre de Sor M.^a Gema

Me parece oportuno dedicarle este capítulo a la Sra. Gregoria, madre de Sor M.^a Gema, en la que se verificó un gran cambio en su manera de pensar. Empezaré por referir un hecho relacionado conmigo.

Sabido es cómo había despoticado de mí por la vocación religiosa tan arraigada en su hija. Al regresar yo a Fuentesauco, una vez terminada la guerra civil, no pude menos de recordar este hecho.

La Sra. Gregoria vivía en una casa poco distante de la casa parroquial, y como yo hubiera pasado un año o algo más solo en ella sin sirvienta alguna, y reconociendo que me era necesario tener una que me atendiera para no tener que salir a comer a la fonda del pueblo, pasó por mi mente que nadie mejor que la madre de Sor Gema; pero ¿qué diría ella al proponérselo? ¿Me echaría de su casa? Al fin lo medité y me decidí presentarme ante ella y hablarle en estos términos:

«Le extrañará Sra. Gregoria que yo venga a su casa, pero lo hago con el deseo de pedirle un favor y de ser atendido. Me supongo que ha sufrido mucho por la separación de su hija Victoria, pero Dios la ha llamado y ésta debe ser una gloria suya, porque no dudo que

Vd. será llamada un día «madre de una Santa». Yo he pensado que nadie mejor que Vd. podría atenderme...»

La pobre se echó a llorar, y me dijo: Disponga de mí, si le puedo servir en algo. Todo se arregló bien. Ella se ofreció a hacerme en su casa la comida y cuando era hora, yo tocaba un timbre (que me había colocado un hermano mío, llamado Antonio, q.e.p.d., siendo Jefe de Telégrafos) desde mi casa a la de la Sra. Gregoria, e inmediatamente se presentaba en mi despacho cuando lo pulsaba.

Ella me atendió con toda delicadeza y esmero unos dos años (y también al que tuve luego de Coadjutor, hoy el Canónigo Arcediano D. Gregorio Gallego, que recibí gustoso en mi casa e hicimos vida común).

Por entonces sucedió que un día la Sra. Gregoria se acercó a mi confesionario: «Sólo a una persona creo haber ofendido en esta vida, y es a Vd...» y el que había sido P. Espiritual de su hija, terminó por ser elegido confesor de la madre.

Reconocí luego el deseo que tenía de abrazar a su hija, ya que la había cerrado los brazos al irse al convento para no dejarse abrazar de ella, y naturalmente removí, como suele decirse «Roma con Santiago» por conseguirle esta gracia, a la cual ponían resistencia las monjas y la misma hija por no quebrantar la Regla. Mi petición para poder ser vista de su madre y abrazarla se fue alargando con las disculpas correspondientes. Sor Gema no quería excepciones, y en todo deseaba acomodarse a la Regla general vigente en la comunidad, pero tuvo que someterse a las circunstancias de mi presión, del deseo ardiente de su madre y de la autorización del Sr. Arzobispo, quién autorizó a la Abadesa para que se le concediese dicha gracia, la que se dilató hasta el día de la Profesión solemne.

Aquel abrazo de la madre y la hija en la misma puerta del Convento ratificó el gran amor que ardía en aquellos corazones, suavizó la tensión familiar, llenó de una alegría inusitada aquel corazón materno, cuyo amor natural y humano había hecho retardar tantos años la entrada de su hija en aquella mansión de dicha y de paz, y sobre todo quedó elevado a un plano muy sobrenatural.

Unos veinte años más tarde murió en Valencia santamente la Sra. Gregoria en casa de su hija Brígida. Victoria me dio la noticia de su muerte en estos términos:

«La presente no tiene otro objeto que pedirle oraciones para mi madrecita (q.e.p.d.), que falleció el 21 del corriente mes (abril 1961) muy cristianamente después de haber recibido los santos sacramentos y de pedir a mi hermana Brígida que le diera el «Ancora de Salvación» para leer la meditación y preparación para la muerte. ¡Qué se va a esperar de un Dios tan bueno y todo Misericordia!

Anteayer me venía ímpetu de llorar, y me cruzó por la mente, ¡si está en buenas manos! y evité el llanto; pero francamente, aunque lo he mirado con espíritu de fe sepa que he sufrido mucho. Jamás he notado en el corazón sufrimiento mayor que éste a pesar del esfuerzo por sobrenaturalizarlo.

Se puso malita el Viernes Santo y todos los días se levantaba, excepto los cinco últimos y sin dejar de trabajar; no quería comer el pan ociosamente, ya sabe lo tremenda que fue siempre.»

Día de la Profesión solemne

Esta tuvo lugar el 27 de noviembre de 1942. Había escrito poco antes. «Estoy muy contenta espe-

rando con ansia el día solemne de mi Profesión, para la cual esta santa Comunidad ya se dignó darme los votos. Nuevamente le invito para que nos honre con su presencia».

«Pida Vd. mucho por nosotras para que nos preparemos muy santamente (Hizo la Profesión juntamente con otra joven de Fuentasaúco, llamada Juliana, y que tomó luego el nombre de Sor Presentación) y en ese feliz día Jesús se digne tomar posesión de todo nuestro ser. ¿Quién llegará a ser más santo..., el Padre o las hijas?».

A esto yo tendría que decir: No cabe duda que lo serán las hijas, ¿quién no ve en Sor Gema el ideal tan arraigado de ser santa «cueste lo que cueste» y ya puesto en práctica en una entrega total de su ser al Señor desde los 16 años que tenía cuando la conocí hasta los 70 años en que murió?... Desgraciadamente los que estamos en medio del mundo vivimos disipados...

Y aquí pondré además una especie de anécdota, que veo en una de las cartas que la misma Sor Gema me escribió por entonces con cierto gracejo:

«Lo que ya sabe quiero mucho más es que sea santo, pero muy santo. Usted verá cómo se las va a arreglar, porque en nuestra entrevista en el cielo es como quiero verlo un santazo. A mí me parece que cuando me vea Vd. me va a decir: Pero hija, ¿para eso dejaste el mundo y me diste tanta guerra? Pida mucho por mí, pues quiero empezar de veras y no aflojar nunca».

En fin, después de esta breve digresión diré que llegó el día tan anhelado, y en él tuvo lugar el abrazo referido de la madre, excepción arrancada por imposición de la obediencia, pues ella hubiera preferido sacrificarlo por amor a la Regla en la que veía la Ley de Dios y en sí lo creía más perfecto.

De aquel día que recuerde, fueron estos pensamientos e ideas que salieron espontáneamente de sus labios:

—«Si supiera cómo se muere aquí...» (ciertamente allí se muere santamente porque se va muriendo al mundo y a sus vanidades... para vivir sólo para Dios).

—«La corona de flores que tienes, le dijeron, es hermosa, ¿la vas a tener mucho tiempo? No, sólo un rato, pues esta corona vale poco, lo que vale es la corona de virtudes.»

—«Mi centro es Dios. Yo soy feliz aquí. ¡Oh! si supieran los del mundo lo que es el darse a Dios.»

—«¿Que le digo a los niños?», le pregunté, y ella contestó: «Que amen mucho a Dios, que piensen en su fin, para el que fueron creados por Dios.»

Refiriéndose más tarde a esta preparación de votos solemnes, me escribía: «Yo, después de haber tenido la dicha de hacer unos ejercicios tan hermosos y consagrarme al Señor definitivamente, comprenderá que mi gozo es inmenso...»

«No se olvide pedir por mí lo que ya sabe mucho deseo. Yo también pido que sea Vd. muy santo, y que sólo piense y trabaje en dar gusto a Dios, que lo demás nada vale.»

En una nueva carta después de la Profesión decía:

«No puede Vd. figurarse lo contenta que estoy y cada día más de haberme entregado al Señor; necesitaría mucho papel y tiempo para manifestarle mis pensamientos y creo no sabría siquiera explicarlos.»

A medida que pasa el tiempo crece en mí el entusiasmo por la vida religiosa. ¡Cuántos medios de santificación! Pero yo advierto que la santidad requiere mucho trabajo personal. Pues bien, pidamos mutuamente, ya que nuestra será la culpa si no somos santos, pues el Señor bien nos ha mimado y distinguido.

Quiera el Señor que su trabajo sea fructuoso y las almas abran los ojos a la verdadera luz. ¡Qué lástima me inspira el saber que la mayor parte de la humanidad vive en tinieblas sin preocuparse que será de sus almas después de la muerte!

Con esta quedará convencido de que nuestras relaciones no están rotas, y en cuanto está de mi parte no se romperán jamás. El día 31 de marzo todas le tuvimos presente en nuestras oraciones de manera especial. Sepa Vd., mi buen Padre, que a la Iglesia, al Papa y a todos sus sagrados ministros les tengo especial amor y ocupan el lugar preferente en mis pobres oraciones. Que pena me da el ver lo muchísimo que trabajan por el bien de las almas y lo poco que nos aprovechamos y ni se aprovecha el mundo. Con todo Vd. nunca se desanime, pues cuando se trabaja con pureza de intención sus desvelos y cuidados no quedarán sin premio.

Pida Vd. mucho en este mes a la Stma. Virgen la virtud de la humildad, dígame que la arraigue bien en mi alma para poder mejor imitarla, pues sepa que la quiero muchísimo, y deseo que Vd. la tenga más amor, porque Ella nos ayudará mucho a ser santos».

Confianza en la Providencia

Son varias las cartas en las que manifiesta los apuros materiales que sufren en el convento por los años 1945 y siguientes (pues fueron años de hambre en España) y a su vez su mucha confianza en la Providencia divina que tanto las prueba. He aquí lo que dice en algunas:

«Le deseamos se encuentre Vd. bien, nosotras también lo estamos gracias a Dios y muy contentas a pesar de que los años continúan siendo calamitosos, mas como es Dios quien todo lo gobierna con su infinita

sabiduría y El sabe sacar de los males bienes..., nosotras por nuestra parte no tenemos más que hacer que conformarnos con su amorosa Providencia (pues palpablemente lo experimentamos), viviendo una vida evangélica para desagradar por nuestros pecados y los de todo el mundo, pues ésta es sin duda y no otra la causa de tanto desorden y calamidades».

«Estamos pidiendo para que Dios atienda y remedie las necesidades de esta Comunidad, pues —según N. Rvda. Madre, las cajas están vacías, y ella, antes que la Comunidad pase necesidad, ha preferido vender algunos objetos que no consideraba necesarios.

Yo creo que lo que más le precocupa y por lo que más sufre ella es por si a la Comunidad le llega a faltar el alimento necesario, pues se desvive por procurárnoslo, y claro está que sin él no podría haber observancia Regular y sería una pena.

En fin, el Señor que cuida hasta de los pajaritos también cuidará de nosotras, que por eso todas estamos alegres y contentas esperando todo del Señor hasta las pruebas si es servido enviárnoslas».

«Es cierto que si Vd. viera el cuidado y la solicitud que tiene el Señor para con nosotras... parece quiere darnos a comprender que no pensemos sino en Él, pues Él cuida de los demás». «Cuando no tengamos para comer Él nos lo enviará, pues todo lo creado es suyo y Él lo sacó de la nada. Sea sencillo y escriba pronto, pues yo también pienso si le sucederá algo...

Usted pida que ame la cruz, yo quisiera presentarme cada mañana a recibirle llena de pureza en pensamientos, palabras y obras..., mas soy una calamidad, al menos no quiero consentir en nada de cuanto me sucede contrario a su santo amor, quiero ser fiel hasta la muerte»...

Alegre y contenta en medio de las pruebas

A Sor Gema no le faltaron tentaciones, pues «el que quiera ser santo debe estar preparado para soportarlas», pero en todas salió victoriosa.

«Cada vez siento más las repugnancias y luchas de la naturaleza cuando en ello hay sacrificio. Me parece que antes no sentía tanto estas cosas, pero no crea que por esto estoy disgustada, antes bien contentísima.

«Hace unas noches (me pareció ser una tentación), estando dormida y me pareció también que dormida he dado voces diciendo: No, no, yo siempre quiero ser fiel a Jesús, y se conoce que al enemigo le llamé maldito... Después desperté y tenía una paz como de quien ha estado luchando; le parecerán a Vd. niñerías, a mí me pareció esto cosa de Dios y estoy agradecida igual que si hubiera estado despierta».

«Pida por mí, pues a pesar de la resistencia que hago y a mi parecer me esfuerzo en desechar todo, casi continuamente me veo envuelta en mil tentaciones, se pasan unas y vienen otras. Ayúdeme Vd. a ser fiel a Jesús hasta la muerte... El padre me dice que estoy limpia...

«El P. Confesor me dijo un día que tenía alrededor de mí a todos los diablos del infierno, y añadió: pero consuéllese que en su corazón está Jesús. No creo engañarle con decirle la guerra que me da el demonio, pues hace pocos días, no recuerdo con que la emprendió, y yo lo que hacía era reírme de él.

»Desde los santos Ejercicios de este año me parece que he trabajado con mayor empeño en la virtud, y acaso por causa de la enfermedad me solían decir que me dejaba llevar de la tristeza; pues uno de los propósitos que saqué fue luchar para tener siempre el ánimo alegre y fiel con la ayuda del Señor.

»El pasado mes, gracias a Dios, empecé a bajar Maitines muy contenta, pues así parece que ya soy algo más monja, aunque no del todo. Ya sabe que deseo de veras dar gusto al Señor en todo y ser santa...

* * *

«Si quiere escribirme Vd. dando algún consejo, mucho se lo agradeceré, pero más le agradezco la oración. Pida de veras que me enmiende y no pierda el tiempo como hasta aquí, que sea humilde, la última de todas. Hace poco le pedía a Jesús me aplastase entes que ser soberbia.

»No deje de encomendarme mucho, pues cada día soy peor, no tengo bueno sino el deseo de enmendarme y mudar de vida y no sé cuando llegará la hora. De muy buena gana le abriría todo mi corazón, pero en confesionario, por cartas no es fácil que lo haga...

»¿Sabe lo que me proporciona mucha paz? El ver que hasta la fecha no se ha oscurecido la estrella de mi vocación, y nada me atrae fuera de Dios, sólo me da pena el no ser como El quiere y desea, y que después de tantos años consagrada a él no sea más que un cacharro.

»Yo me veo muy pequeñita, todavía no hace mucho se me ocurrió decir a un Padre que casi no pensaba en el Padre y en el Espíritu Santo, añadiendo: "todo el tiempo se me lo lleva Jesús". "No te apures, pues Jesús te llevará al Padre y al Espíritu Santo." Así me resolvió el apuro.»

Otros pensamientos de cartas de Sor Gemma

Como son bastantes, entresacaré unos cuantos. Por pasar temporadas sin escribirle, en una me dice:

«Después de tanto silencio... parece que nos he-

mos muerto, y así pronto se nos van a aplicar aquellas palabras: «*Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.*» Yo estoy deseando de llegar ahí. Si Vd. ya lo ha logrado, dígame qué ha hecho para imitarle... “Ya me he enterado de su nueva dignidad; le felicito por ello y quiera el Señor que todo sea para su mayor gloria y santificación de su alma; esto lo primero, no se descuide de sí, mire que nadie puede adquirírnos la virtud, *es trabajo personal*, y ¡cómo nos descuidamos!”

»Después cuide de sí y mucho de sus encomendados, que no se le extravíe ninguno, sea para ellos espejo sin mancha donde se puedan mirar y afianzar más y más en la vocación. Seamos santos, muy santos, pero amables, pues Jesús también lo fue. Dirá Vd. que quién me dio licencia para predicar. Perdóneme.

»Cuando vaya a Roma acuérdesese mucho de pedir por mí. Al Padre Santo bese sus manos con mucho cariño, y si puede hablarle dígame que aquí vivimos unidas a sus intenciones y oraciones pidiendo por él con todo interés.

»¡Qué admirable la vida de los santos! Y yo no me quiero hacer ilusiones, ya que la cruz es inseparable. Céame que buena no soy, pero me parece que quiero y busco la verdad, el camino recto que lleva al Señor.

»Y quiero que pida Vd. mucho por mí, y mejor aún mutuamente (yo sí que lo hago) para que lleguemos a la santidad dando en esta vida mucha gloria al Señor teniéndole siempre y en todo contento y que sólo su amor sea nuestra pasión dominante. Desde que nos conocimos siempre fue nuestro ideal, y si Vd. supiera ¡cuánto trabajó el enemigo para que yo no me comunicara con Vd! No creo referirme a las criaturas, sino a sus sugerencias malignas, parece que en aquéllas y

otras era Dios el principal director (esto me pareció también a mí como ya indiqué al principio).

»A veces me parece falta de fe el no hacer locuras por Dios, ¡tantas como hizo El por nosotros! ¡Tanto amor y tan mala correspondencia, y lo peor que sea de sus escogidos. Yo la primera. Pida por mí para que empiece de veras a servirle...»

* * *

«Por mediación de nuestra Rvda. Madre le escribo la presente para que así nos acordemos más de nuestros propósitos de pedir mucho para ser muy santos, ya que la empresa en cierto sentido es ardua y por nuestra parte no lo conseguiremos si no es con mucho esfuerzo.

Yo le confieso que ya sé por experiencia que *el Reino de los cielos padece violencia, y sólo los que se vencieron lo conseguirán*, pues a ver si conseguimos que esta violencia se cambie en suavidad, porque Jesús también enseñó que *“su yugo es suave, su carga ligera”*.

»Desde que hicimos los santos Ejercicios encuentro más facilidad en vencerme, hoy mismo me andaba alrededor el diablillo y después de un poco un tanto nerviosilla, le eché a paseo diciendo: ¡ya vienes a quitarme la paz!»

* * *

«Ya le he tenido presente especialmente la noche de Navidad, que siempre viene revestida de tantos encantos. Pida Vd. para que sea muy espiritual e interior, pues parece que no hacen más que rozar por fuera tantos beneficios y gracias que trae consigo esta vida del claustro cada vez encantadora, y eso que no sigo todos los actos de comunidad (que es un martirio con-

tinuo no poderlo hacer), pero en fin Dios lo quiere, aunque la culpable seré yo por mis muchos pecados.

»Tengo prisa que el Niño-Dios le haga muy santo, muy suyo; sin duda ya podrá decir: «Vivo yo, mas no yo, Jesús es quien vive en mí.»

»En mí yo bien sé que vive la soberbia, el amor propio y demás tropalla; venga y lo verá.»

Por dónde empezar a ser santa...

«Tengo muchos deseos de llegar a la santidad, pero por ahora nada de facilidad, todo tiene que ser a fuerza de brazos y cuesta arriba...

»No sabe cuánto pienso, y que será lo que tengo que hacer y por dónde tendré que empezar para ser mejor y ser santa. También me parece que es mucho lo que hago y trabajo en el vencimiento propio en muchas cosas ya sea con relación a mí misma o bien sufriendo y disimulando a las demás. Hace poco me dijo una Hermana: «¡Cómo a V.C. no le importan las humillaciones!...» En otra cosa en que aún no me enmendado es ser demasiado activa, y yo tengo tantos deseos de estar siempre con el Señor, quiero también y hace tiempo que procuro hacerlo: estar lo más posible pendiente de la voluntad de la Superiora; me parece, me lo ha inspirado el Señor, y creo que en verdad lo quiere así aun en las cosas pequeñas, pues hace poco me dijo ella, si me hubiera dicho tal cosa, yo no la hubiera dejado.»

* * *

«Tengo muchos deseos de ser santa, pero si viera, Padre, ¡cuántos tropiezos! Yo que he sido siempre tan mansa (porque me vencía y no es que no sintiera la lucha), ahora me enfado con mucha frecuencia... Me

falta fuerza para decir: Aquí hagamos lo mandado y nada más.

También me parece que tengo tantos deseos de sufrir y así se lo manifiesto al Señor en la oración y se lo ruego con frecuencia que quiero sufrir de todas las formas que El quiera, y cuando se presentan las ocasiones cada vez lo llevo peor. También me parece que la mayoría de las veces me venzo.

* * *

«Desde el mes de enero que me encuentro peor, y aunque parece que está una tranquila, esto de no bajar a mañitines ni a la oración de la mañana me hace y me ha hecho siempre mucha impresión. Después hay que trabajar y la mayoría de los días no suplo la oración, y ¡cuántas veces pienso si el Señor me privará de sus gracias por ser tan material! Por otra parte veo mi espíritu bueno y tranquilo, sin más ansias que ser toda suya y de ser santa y sufrir por parecerme a Jesús y de vivir en El, pero ¡cuánta guerra da el enemigo o los enemigos de nuestra alma! (Cuando venga le diré más cosas.)

»No sé si será aprensión, me dan mucho que sufrir las criaturas, pero lo quiero todo y mucho más aún, no quiero negar a Jesús nada; ayúdeme con sus oraciones y consejos, pues es una pena muy grande dejar escapar la santidad de las manos.

»Padre, me parece haberle dicho que en la oración hacía muchos años que no podía meditar, y como mejor y más parece lo desea el alma es estar mirando al Señor, y amando, agradeciendo y rogando. También me valgo de la lectura, y a veces pienso si estaré estancada, pero estoy tranquila.

»Como parece que hay almas que se dejan engañar,

yo lo que hago es entregarme, abandonarme y confiar, no quiero herirle con la desconfianza, ya que le hiero con las faltas. Dígame qué más debo de hacer...

Sor María Gemma ¿era o no observante de la regla?

Sor María Gema estuvo muy delicada de salud durante varios años en los que no pudo asistir a los Maitines de medianoche. El hecho es que no se encontraba muy fuerte, y por eso algo preocupada me escribió ésta:

«La presente se la envío cerrada y deseo me la envíe V. R. lo mismo, pues le mando en ella una de N. Reverenda Madre Presidente, la que yo he recibido de ella como si fuera de conciencia, pues tengo obligación de escribirle y darle cuenta de lo que convenga para bien de todas, y el decirle que hace diez años que no bajo a Maitines y a todo, a ver que le parece a V. R.; es uno de los párrafos en que dice que si no nunca seré valiente.

»A nuestra Madre, sigue diciendo, no he querido decirle nada de esto hasta ver que me dice V. R.

«Yo, si supiera, estoy más tranquila que unas pascuas, me parece que no soy culpable de ello, y hace muchos años le indiqué a una superiora que el día del juicio veríamos quién tiene la culpa de no ser yo observante.

»Por favor, le ruego me envíe la carta cerrada y adjunta la de la muy Rvda. Madre.

»No soy la que debo, y con todo me parece que Dios habita en mi corazón; ¡qué sería si fuera lo que debía ser ya! ¡Qué cosas hace el Señor! Antes tan desconfiada... y ahora me parece tener en El una confianza casi plena. No hago más que hacer propósitos para ser santa y luchar con el enemigo, que por lo visto me

tiene mucho odio, pues si no fuera así no me daría tanta guerra. La verdad es que me acuerdo mucho de V. R. y tengo deseos de que venga pronto por aquí.

En otra escribe: «Yo por aquí cayendo y tropezando, pero alegre y contenta, pues para curar nuestras miserias ha querido sufrir tanto el Señor, y yo quiero confiar mucho en su bondad, pues si es cierto que le desagrada el mal, yo creo que también mira complacido nuestros deseos y esfuerzos.

»Quiero ser muy humilde y he de procurarlo muy de veras. Como no hago penitencias procuro la mortificación interior y de los sentidos y cuanto se me ocurre. Estoy muy aficionada a la oración, quería estar siempre en Dios... y después derecha al cielo. No sé si serán ilusiones una vida tan fría...»

* * *

«Hoy hace ocho días que terminamos los santos Ejercicios, los primeros días estuve muy insensible, y preguntaba al Señor que tenía que hacer, y me parecía oír: “lo que haces, pero bien hecho». A veces parece que estoy en los quehaceres con el cuerpo sólo, hacerlos bien sí, pero en silencio, no siento nada de gusto en hablar —sólo lo necesario—, y es que Dios debe quererlo así porque es cuando más me acuerdo de El, pero no tanto como lo deseo, pues yo quiero su recuerdo ininterrumpido. Esto me lo concederá cuando sea más fiel y generosa y le dé yo a El cuanto me pida, sin preocuparme tanto de mí. No puede figurarse lo mucho que deseo ser santa y conservar el fruto de los santos Ejercicios.

»A las preguntas que me hacía en sus anteriores, me parece mejor decirle de palabra, especialmente de la salud, o sea, cómo me encuentro...»

Estoy llena de gozo: ¡Qué importa la vida!

Me solía felicitar por Navidad y en la Pascua de Resurrección, y he aquí dos de sus cartas:

«Lo primero, felices Pascuas: Que Jesús Niño le haga a Vd. niño también, y le colme de esas gracias que El sabe dar a sus predilectos. Cuánto lo deseo y lo pido, que sea santo: Anímese y entréguese todo, todo, pues estoy decidida a ayudarle y así le pagaré ún poquito lo mucho que le debo.

»Yo por ahora creo poder decir con San Pablo: Estoy llena de gozo... Veo tan claro la predilección del Señor... su amor... y yo quiero corresponder con la gracia de Dios, quiero hacer de mi vida un ininterrumpido acto de amor, de adoración, de entrega...

»No sé lo que voy a hacer, pues alguna vez se me ha ocurrido decirle que si pudiera me arrancarí el corazón y lo metería en el suyo... Quiero vivir como si para mí hubiera empezado ya la eternidad, El solo... solo... No sabe cómo suspiro por El, vivir en El, como El quiere, haciendo siempre como El lo que agrada a mi Padre celestial. ¡Qué hambre de pureza!, pero me falta cruz.

»A ver si me da licencia para pedirle humillaciones y me ayuda Vd. a pedirle que me haga su víctima... Yo quiero parecerme a Jesús... ¿No le ve desde la Encarnación hasta el Calvario y todo por nuestro amor? Además, para ayudar a la Iglesia y a las almas... ¡qué importa la vida!... En muy poco la tuvo El, y ¡cómo la dio porque nos amaba! Esa corona de espinas tan penetrantes y su costado lanceado, toda su Pasión, ¡qué elocuente es! Yo quiero sufrir por El. El me ayudará...

Transcribo la segunda carta:

«Inolvidable en el Señor. Paz y bien. Lo primero es desearle muy felices Pascuas de Resurrección. Des-

pués de haberla acompañado hasta el Calvario, es muy lógico gozarnos en su triunfo. ¡Qué lástima no estemos como la esponja en el mar empapaditos en tan divinos misterios... y no me parece menor su divina Palabra, leída, oída y bien meditada. Tal vez si Jesús nos hablara sensiblemente tendría que llamarnos tardos de corazón, ¿no le parece? A El no se le engaña...

»Yo suelo engañarme pensando que le doy todo y le ofrezco todo... y como a veces me cuesta, pues me hago ilusiones de darle gusto, y no sé si será cierto se lo doy... Por lo demás, estoy con unos deseos grandes de ser santa, de amarle mucho, y me parece que son muy pocos los momentos del día que no piense en El y le ame y le adore y lo que se me ocurra, y en la oración, prescindiendo de distracciones no me atrae otra oración que la de amar, adorar y pedir mucho...

»Me parece verle como dice San Pablo: «Ahora le vemos como en un espejo», o sea Creador de todo y por lo mismo el único capaz de hacernos felices ahora y por siempre. ¡Qué bien se está al lado del Señor!

»Cada vez le ofrezco más todo: vida, acciones, y no quiero ver nada en mí que no sea suyo o le desagrade; pero debo decirle que esta temporada he cometido más faltas, pero lucho para no reincidir y no veo en mí nada de desaliento, me ejercito en la confianza y temor filial.»

* * *

«Yo pienso que en nuestro caminar hacia Dios lo que más debemos procurar es la paz. Por nada de esta vida dejemos perturbar nuestra alma..., las faltas y miserias bien que nos duelan; pero es que ¿no son ellas las flores de nuestro jardín? Vuélquese en Jesús, y quiero que sea siempre como yo le conocí: alegre, siempre del

mismo temple. Además, yo le digo por experiencia que cuando me noto intranquila no decanso de llamarle hasta que recobro la calma... Pida para mí mucha cruz, quiero sufrir para parecerme a El y por lo mismo que El sufrió; cuesta sufrir, pero el amor se prueba así solamente, y si queremos además darle almas, no hay otro camino.»

* * *

«De veras que no me acordaba del límite que me puso en el ofrecimiento de víctima y yo le digo que será rarísimo el día en que no lo renuevo y tengo costumbre de ofrecirme por la misma causa que se ofreció y murió el Señor, no obstante haré lo que me ordene.

»Yo pido al Señor que lo sea de verdad, cuando y cómo El quiera y sobre todo que me dé mucho amor, pues pienso yo que amando mucho forzosamente se lanzará el alma a la cruz y a toda clase de martirios.»

* * *

«¿Por qué no me escribe?... Ya sabe le recuerdo mucho y pido sea un gran santo, lo demás no vale nada. ¡Qué gusto desprender el corazón de todo para que Dios solo more en él llenándolo de El mismo! A mí me gusta pedirle no sus dones, sino a El mismo.»

* * *

«Quede tranquilo por lo que ha puesto en ese escrito..., pues yo no veo en qué pueda serme de algún perjuicio, pues lo que yo diga o vean en mí, pienso que por todo ello no me juzgará el Señor, sino únicamente por mis obras, y no quita que yo piense y diga eso y mucho más y sea cierto. ¿No puedo corregirme? ¿No se humillaban más los santos y decían cosas peores?

Tiene licencia para decir todos mis pecados, pues se han de saber públicamente.»

Sobre la perfección...

«Yo quiero vivir aquí ya como los ángeles del cielo amando y pensando sólo en Dios y en las obligaciones, lo demás como si no existiera.

Algunas veces me ha preguntado Vd. que cómo entiendo yo la perfección (cosa de la que yo entiendo poco), pero me parece que consiste en la pureza de corazón. Dicen que en la unión del alma con Dios, y lo mismo será verlo que unirse a El. La perfección también consiste en el ejercicio de todas las virtudes, y aunque se dice que el fundamento es la humildad, donde más no ejercitamos y nos ejercitan (quiero decir es más frecuente encontrar ocasiones de ejercitarnos) es en la caridad y paciencia con el prójimo y consigo mismo.

Aquí es donde encontramos una mina preciosa para labrar nuestra corona, procurando no sólo no tropezar sino sacando amor de Dios y mucho amor al prójimo viendo siempre al :Señor que lo dispone todo para nuestro bien y haciendo de nosotros mismos como una roca invencible que no se deja bambolear por ningún viento de pasiones o dificultades que se encuentran en nuestro camino hacia la santidad.

»Me gusta pensar que Dios es inmutable. ¿No podríamos trabajar por imitarle? ¿Qué vale lo que digan, nos digan, nos hagan o piensen? Nada. Para mí lo que tiene valor es Dios solamente, creer, esperar, amar... y me parece que si no soy santa es porque no amo el sufrimiento, el dolor, que es el distintivo de los santos, lo pido y lo deseo y vivir sólo por El. Me encomiendo y bendígame. Sor M.^a Gema.»

La vida religiosa

«Para decir algo de la «vida religiosa», lo primero que viene a la mente es la «consagración» o entrega que hace de sí misma quien se da al Señor, que es lo mismo que decir Profesión Religiosa o unida al Señor con los Votos de obediencia, pobreza y castidad.

»El alma unida en esta forma al Señor, si a lo largo de su vida no quebranta gravemente sus votos, puede decirse que es fiel a su palabra, pero esto es lo mínimo que puede hacer la que ofrece todo a Dios, y podemos muy bien añadir que esto sólo es una tacañería.

»“*Consagrada*” es vivir pendiente del querer divino, y aquí entran infinidad de detalles..., pues como Dios da tanto al alma, es justo que El le exija mucho; pero a mi modo de ver lo más interesante en la vida religiosa, y lo que ella debe llevar muy en el fondo de su corazón, son los santos votos, debiendo de vigilar mucho para ver cómo los ha guardado, cómo los guarda y cómo los guardará cada vez mejor, si se ha tenido algún descuido, confiar en Dios, que ya conoce bien nuestra flaqueza, lo que interesa es que en adelante se ponga empeño en no reincidir, y sobre todo tener ansias de guardarlos con sumo cuidado.

»“*Consagrada*” es darse cuenta que ha sido solicitada, escogida y mimada del mismo Dios para no preocuparse ya de la tierra sino del cielo..., de las cosas de Dios, de sus intereses..., es alegrarse de haberse dado al Señor y estar renovando la entrega continuamente, y suspirando porque en su vida y en su ser no quede nada que no le pertenezca...; es desear ardientemente que nada vea en ella el Señor que le desagrade.

»También es hallarse muy a gusto como el pajarito en su nido, sin que falten los trinos de sus alabanzas

y acciones de gracias por tan incomparable beneficio, meditándolo de día y de noche, sacando en consecuencia que no hay felicidad más grande en esta vida que la de pertenecer a Dios en cuerpo y alma.

»Si se sienten penas, pues a veces vienen sin miedo a equivocarnos, como que no somos generosos, etc., y el remedio es la paciencia, no dejarse turbar, confiar mucho...

»Queremos que Dios nos dé mucho, pero ¿le damos a Él cuanto nos pide? ¡Cuánto pide Dios al alma religiosa... continuamente! Y lo que le pide es que se venga, que aspire a lo mejor, que se despoje de todo... El espíritu mundano no debe anidar en ella. Y en su vida de Comunidad amar a todas, respetarlas... disimular, saber sufrir lo que Dios quiere y permite por medio de sus hermanas, consciente de que ella también hace sufrir sin querer, pues a las demás les pasa lo mismo. Piense que Dios quiere se amen mucho y evite causar pena...

»*El segundo mandamiento es semejante al primero.*» Siendo voluntad de Dios el amor mutuo, la religiosa debe secundarlo, siendo amable, atenta, servicial, deferente, que se note da confianza en todo y para todo...

»La religiosa que quiere vivir feliz en el convento, ha de procurar estar en él como si estuviera sola, sola, sí, cuanto más mejor, una vez que ha hecho entero sacrificio de lo de fuera, tiene que hacer lo mismo en el convento, y también lo íntimo; en sí misma ya sabe que sin perfecta abnegación no puede haber acercamiento a Dios.

No me cansaré de repetir que ha de vivir muy sola; ¡zapatero a tus zapatos! La de enfrente y la del otro lado que hagan lo que les plazca, ¿a mí qué? Una atmósfera de vida sobrenatural debe envolver a la verda-

dera religiosa, debiendo tener la vista del alma lo más posible en el Sumo Bien, y en pos de la mirada el corazón y todo su ser...

»*¿Cuál debe ser su principal ocupación?* Ha de ser vaciarse de todo, dejándolo todo... negándose en todo... dando a Dios todo, todo, y sin que nadie lo perciba, y al fin, ¿qué es ese todo? Nada... y ¡qué lata nos da esta nada! Cuanto más vacío haga en sí, y si no se vacía como debe, no puede llenarse de Dios y del Espíritu de Jesucristo, Espíritu de paz. ¡Cuánto importa esta paz al alma, serenidad, humildad...

»*“Aprended de Mí que soy manso y humilde: y hallaréis el descanso para vuestras almas.”* Este descanso que menciona Jesús, no se refiere al cielo... es para esta vida... pero ¿descanso en la tierra? Desde que alborea la vocación religiosa en el alma hasta que la lleva a cabo y muere en ella, es lucha sin tregua, cruz y dolor, y quien piense de otra forma se equivoca. Pues ¿dónde está el descanso? En la lucha generosa contra todo lo pecaminoso y en la aceptación del querer divino sobre ella, casi siempre doloroso, porque no debe olvidar que no ha de ser ella de mejor condición que su gran Modelo, despreciado, olvidado, desconocido, injuriado de mil formas, y muy poco amado aun de quien no debía de tener más ocupación que la de amarle y adorarle sin cesar...

Pues bien, dicho descanso lo halla muy cumplidamente en el convento el alma de verdad pura, obediente y pobre, que no busca más que la mirada de Dios.

Además encuentra gozo, y ¡qué gozo! Esto es para Dios solamente, que es la que lo siente muy en el alma y a veces se torna en súplica:

»¡Señor! lo que Vos queráis. Yo sólo quiero hacer vuestra divina voluntad y seguir vuestras huellas de do-

lor. Vos sois la Verdad, la Vida, Camino seguro, lejos de Vos el error, todo mentira, veneno emponzoñado.

»La dicha del cielo empieza en la tierra solamente cuando se os da todo sin reserva.

»No sé si he acertado en darle gusto. En cambio le pido me bendiga y sea muy buena, toda de Jesús. Sor M.^a Gema.»

El lenguaje de los santos

Este título me parece el más adecuado que podemos dar a estas cartas de Sor. M.^a Gema, escritas en los últimos años (pues algunas no llevan fecha). El lector se dará cuenta de las expresiones elevadas que encierran, pues manifiestan que vive pensando más en la vida futura que en la presente, pues anhela sufrir y volar al cielo.

1.^a carta: «Se me ocurrió un día decirle a Jesús: “¿En dónde estás?”, y me pareció que contestó muy bajito que en mi corazón, y de veras lo cumplió, pues casi de continuo estoy con Él...

»Jesús mío, ¡cuánto has sufrido por mí! Todo cuanto he sufrido, sufro y sufriré queda ligado a tu pasión dolorosa, ayúdame a conformar mi vida con la tuya. Tu insultado, escupido, coronado de espinas, crucificado... Jesús mío, que conoces mi orgullo, no me dejes de tu mano, pues sin Ti nada bueno puedo hacer. ¡Dios mío, cuánto te quiero! Mira este pobre corazón. Haz de mí lo que quieras. Aquí estoy gimiendo y llorando...

»Muchas veces pienso que en el camino ordinario también existen ímpetus, yo no sé qué hacer para darme más y quisiera arrancarme el corazón y meterlo en el tuyo, quiero amar, estar haciendo siempre lo que agrade a mi Padre celestial, vivir como si ya hubiera empezado la eternidad.

»Se lee en el Cantar de los Cantares que la esposa pide a su amado la bese. Una mañana se me ocurrió decirle: ¡cuántos besos me has dado! Creación, Redención, Eucaristía, Vocación... y ahora este sol que me envías cada mañana es un nuevo beso, que parece envuelve todo mi ser... y esto después de velar mi sueño durante la noche, parece, Dios mío, una nueva creación.

»¿Cómo podré besarte yo? ¡Ah! me parece oír que besarte es hacer siempre lo que más te agrada, y Tú lo sabes muy bien que es éste mi más ardiente deseo.

Pero los hombres ¿cómo te besan? Dios mío, ¡qué dolor! se benefician de tus dones que derramas sobre ellos a manos llenas y con amor, y ni siquiera lo comprenden, y lo que es aún peor, te ofenden y desprecian.

»YO quiero reparar tanta ingratitud amándote con delirio. ¡Oh, hombre! no seas tan ingrato a tu Hacedor. Sin Él estarías en el no ser, y todo cuanto tienes, a Él se lo debes.

»Tú solo Santo, Tú solo Altísimo; graba en mí tu imagen dolorosa y concédeme que mi cuerpo llegue a experimentar algo de lo mucho que tú sufriste por mí...»

2.ª carta: «Unas letras para darle gusto de exponer el pensamiento que le agradó con el fin de hacer bien a las almas; eso es también lo que yo deseo y pido: el hacer mucho bien a las almas con mis pobres oraciones y sacrificios, pues de ello nos da ejemplo el señor, no vacilando en dar hasta la última gota de su sangre por la salvación del mundo. Y ¡pensar que muchas o la inmensa mayoría no hacen caso de tan grande beneficio y se encaminan ellos mismos a la eterna perdición!

»Tengo muy grandes deseos de salvar almas y que todas amen al Señor, y como dice un salmo: «*Toda la tierra te adora...*»

»Aquí, pues, le expongo mi pensamiento para que

también hagamos bien a las almas con la palabra y se animen a entregarse al Señor. Los reyes de la tierra tienen su cohorte, y Dios, Autor del universo, ¿no lo tendrá también? En el cielo le rinden honor y le alaban los ángeles y los santos; en la tierra este oficio pertenece especialmente a las almas que se consagran a su santo servicio: sacerdotes, religiosos y religiosas, y en éstos especialmente, en los de clausura, o sea de vida contemplativa. De esta vida bien podemos decir que es anticipo del cielo, y ¿qué es el cielo? La eterna posesión del sumo Bien.

La vida contemplativa, bien entendida y practicada, es un acercamiento casi irresistible hacia Dios. Cuando el alma vive con este anhelo se renuncia a todo lo que no es Dios o la puede apartar de El, vive ya en anticipo del cielo porque siente el atractivo de querer estar en todo momento en trato íntimo con El para dar más y más a Él... entregarse toda, y si pudiera se lanzaría y volcaría toda en El. Ya lo hace deseándolo...

»Su origen es el amor, y a pesar de ser siempre lo mismo, siempre le parece nuevo, pudiendo muy bien aquí repetir las palabras o exclamaciones de San Agustín: «¡Oh hermosura siempre antigua y siempre nueva!» Así es el Señor con los que eligió para Sí. Y si aquí nos da tanto, ¿qué hará en el cielo?

»Mi mayor preocupación es ser santa, padecer por amor de quien tanto ha padecido por mí y me ha dado tantas pruebas de amor.

«Tampoco se olvide de esta pobre a la que ya sabe siempre le dio y da mucha guerra el demonio. Algunas veces no sé por dónde ando, se me ocurre si será la noche oscura; yo lo que hago es amarle y entregarme más y más y pedirle serle fiel hasta la muerte, pero como santa: claro que ya tenía que ser una gran santa,

pero con todo no dejo de pedírselo con toda confianza, y así lo espero de su gran bondad, pues también veo muy claro el grande amor que me ha tenido y me tiene. Yo le pido mucho ser fiel hasta la muerte, pues al fin también me hace ver mi nada, y de esta mi nada, ¿qué se puede esperar?

»Yo suelo pedir mucho la Fe para estar dispuesta, si el Señor lo quiere para dar mi vida, y toda mi sangre por su amor y por las almas. ¡Cuántas veces le digo que quiero poner a sus pies a todas las almas que pueblan la tierra!»

Continúa con el mismo lenguaje

«Perdone mi pereza, pero olvido no. Pido mucho por Vd. y todas sus intenciones y sobre todo para que sea un gran santo ayudando mucho a nuestra Santa Madre la Iglesia y a las almas.

»También espero su ayuda para que mis ansias de santidad sean verdaderas, y no se queden en sólo deseos. Quiero amar, sufrir, ser despreciada y humillada por El, y como lo fue El, y así parecerme a El...

»No sé si será cierto, pero siento muchas veces como si no estuviera en la tierra, o al menos nada de preocupación por las cosas de ella, solo me atrae el Señor, y si continúo así (como lo espero de El), esto sólo se arregla con volar al cielo...

»Hoy se me ocurrió decirle que no tengo envidia ni a los ángeles, ni a los serafines, ni a los querubines, porque si El quiere puede hacerme como a ellos en sus prerrogativas, y además ellos nunca han recibido ni recibirán al Señor en la Comunión; y sobre todo que estoy contenta con ser obra de sus manos destinada para amarle en el tiempo y en la eternidad, y ¡cuánto pienso en esta predilección de ser solamente suya...

me vuelvo loca... De modo que los sabios se gloriarán en su sabiduría, yo me glorío y quiero gloriarme siempre (con la ayuda de Dios) en mi nada y en mi ignorancia. Con tal de ser suya, soy feliz siendo nada.»

* * *

«Le pongo estas letras para decirle que no le olvido, sobre todo en mis pobres oraciones, pues bien sabe lo mucho que deseo sea un gran santo para la mayor gloria del Señor, bien de la Iglesia y de todas las almas... Lo demás ¡qué poco vale!... ¡Qué fugazmente se pasa! Podemos decir que apenas vemos las cosas y al momento desaparecen...

»Dios solamente estable y amigo verdadero que no engaña, ni jamás nos traicionará, pero ante todo el único que nos ama, y ¡cuánto nos ama!

»Yo le pido la gracia de sufrir y así parecerme algo a El, pero no puede figurarse cómo me da a conocer mi nada, y que sin El yo no puedo nada..., se lo agradezco infinito, pues me parece que de las muchísimas gracias que me ha concedido, es ésta la más grande y creo que por ella tendré que dar más gracias durante toda la eternidad.

»Los deseos de amarle son continuos, y al mismo tiempo me parece que no hago nada, pero yo me entregó totalmente a El y me fío sin la menor desconfianza. Es El nuestro creador y Padre, y cada día creo más en El.»

* * *

«¡Son tantos los peligros que hay hoy día en el mundo! Pero yo confío en el Señor, le guardará para El solo hasta la muerte... ¡es tan hermoso vivir sólo para el :Señor amándole con toda el corazón! ¡Qué

bien saben los enemigos de nuestra alma que hemos escogido la mejor parte! De ahí su empeño en darnos guerra, pero en fin confiamos en el Señor que no seremos tentados más allá de nuestras fuerzas...

»Yo no deseo otra cosa que estar en todo momento pendiente de El haciendo su santa Voluntad. Ya sabe que por Vd. pido mucho para que sea muy santo, sacerdote santo, que le ame mucho, le dé mucha gloria y muchas almas.

Yo pido mucho por las almas, por la Iglesia, por el mundo entero, que Dios sea conocido y amado de todos.

»Yo no quiero vivir sino para ser solamente suya, pues ¿no ha sido El el gran loco de amor? Me da pena pensar en el mundo que vive sin amarle y sin conocerle...»

Suspira por el cielo

De las últimas cartas que conservo de Sor M.^a Gema son los dos siguientes pensamientos, por los que se ve que pasa algunas tentaciones, pero vive con el pensamiento continuo en el cielo:

«Yo, como siempre, no se quitan las tentaciones, pero yo procuro no hacer caso y antes que ser infiel al Señor le pido me envía la muerte, le digo que quiero ser fiel hasta el último suspiro, que me lleve con El, pues le digo que quiero ir derecha al cielo.»

«Como sabe, no quiero amar otra cosa que al Señor, y también a sus criaturas, y mi mayor deseo y cuidado es no mortificarlas en nada y a ser posible darles gusto en todo y ayudarlas en cuanto necesiten, no faltando yo a mis obligaciones.

»Llevo unos días muy distraída en la oración, pero ya procuro poner de mi parte lo que se me ocurre para

recogerme. Mi gran deseo es amar y ser solamente suya, y para siempre, lo demás no me atrae nada.»

* * *

«Algunas veces siento muchas ansias del cielo, de irme allá; no sé si serán verdaderas; tengo ansias de verle y oírle que me dice: “Ven, amada mía”, en vez de pensar en sufrir, pienso en descansar. Esta mañana me venían ansias de humillaciones al pensar en Jesús que dejó el cielo para venir aquí solamente a sufrir.»
«...Ya sabemos dónde se encuentra nuestra felicidad, aun en esta vida: amar, amar a quien con locura nos ha amado desde toda la eternidad.»

»Yo algunas veces en la oración le llamo loco, y yo creo no le desagradará, pues le digo la pura verdad. ¿No le parece?

»Pida mucho por mí, que el diablillo no me deja de dar guerra... Yo llevo una temporada muy alegre, pero no se me quita el pensamiento de que tengo un pecado en la vida pasada sin confesar y que voy a ir al infierno; si yo supiera qué pecado es lo confesaría con la gracia de Dios; pero yo no me acuerdo de nada... (a esto no puede menos de decirle: ¿no ves que es cosa del demonio, que quiere distraerte y hacerte perder la paz?)

»Aun en medio de estas cosas, continúa diciendo, no se me quitan los deseos de ser santa, y se lo pido mucho al Señor. También le pido que cuando me muera que quiero ir derecha al cielo para ver en seguida a los Tres y también a la Santísima Virgen.»

* * *

Este último pensamiento es el que me repitió pocos meses antes de su muerte que la visité. Entonces me

dijo: «Pida al Señor que me lleve al cielo. Yo quiero ir al cielo.»

En los últimos días de su vida, vivía como una niña ensimismada y como endiosada y cantando con frecuencia, como me dicen las monjas del convento, y sin perder la alegría. Bien podemos decir, vista la trayectoria de su vida, que vivía más con el pensamiento en el cielo que en la tierra. Y sin duda se cumplió en ella este ofrecimiento que hizo muchos años antes de su muerte: «Jesús mío, os ofrezco morir por amor vuestro, aceptad este mi deseo.»

Sor Gema, que había escrito diciendo: «Siento muchas veces como si no estuviera en la tierra, o al menos nada de preocupación por las cosas de ella», murió ciertamente por este Amor. De aquí que su muerte fuese tan dulce y apacible por ir envuelta en ese gran amor a Dios y en el continuo deseo que manifestó en casi todas sus cartas de ser santa y de ir pronto al cielo.

Poco antes de morir le dijo a la Hermana que la atendía, que sólo aspiraba al cielo... al cielo... al cielo. Poco después se quedó como dormida, y dormida se encontraría en el cielo donde despertó para continuar alabando a Dios con todos sus ángeles por toda la eternidad.

*¡Bienaventurados los que mueren en el Señor!
¡Alabado y glorificado sea siempre el Señor en sus santos!
Sor María Gema, ruega por nosotros*

APENDICE

Datos generales sobre Sor M.^a Gemma

Estos datos son de algunas de las religiosas, que con ella convivieron:

1.º *La Madre «Sor M.^a Eucaristía, Abadesa del convento, dice:*

—Todas coincidimos en que nunca recordamos oírle hacer un juicio de nadie, incluso el Confesor de la Comunidad que lo es hace varios años, dijo en el funeral que «no había sido juzgada por Dios, pues ella no había juzgado; siempre era benévola con todos y a todos quería y disculpaba.

—Recuerdo una vez que ella me dijo que le había dicho al Padre a ver si le dejaba pedir a Dios humillaciones, pero que no le dio permiso. Después cuántas veces he pensado que, aunque no le dio permiso el Padre, el Señor quizá la aceptase, pues la enfermedad que ha tenido ya le habrá proporcionado las suyas.

Otra hermana dice que unos meses antes de morir le decía (apesar de la enfermedad) que ella siempre procuraba estar alegre y en paz, porque lo contrario perjudica mucho al alma y a la unión con Dios.

—Desde luego siempre estaba en un mismo ser, no se inmutaba por nada.

De una forma u otra, es lo que opinan todas, y el que no haya demostrado otra aptitud, demuestra tener dominio de antes... No me parece que fuera muy expansiva. (La explicación de esta manera de parecer nos la dan ya sus cartas.)

2.º *Otra religiosa, Sor María-Elisa, dice: «Sor M.^a Gemma siempre fue virtuosa, sencilla, amable, silenciosa y muy obediente y caritativa con todas, sin*

hacer nunca juicios de nadie; siempre con deseos del cielo, era muy espiritual y decía que ella iba por el camino de la alegría, y así fue, pues cantó hasta el último día de su vida.

Todas estas virtudes las practicó hasta última hora, a pesar de perder la memoria y ya estaba tan mal, pero nunca faltó a ellas. Como cantaba bien, sacaba ella misma cantares que resultaban muy bien, entre ellos algunas estrofas, muy bonitas por cierto, añadidas a la graciosa "Jota de San Pedro" que ha tenido su divulgación.»

3.º *Sor María Presentación* (Juliana en el siglo, y del pueblo de Sor Gemma y que tenía cierta amistad con ella) refiere lo siguiente:

—Cuando estábamos en el pueblo hablando ante varias personas de quienes se diría que serían las primeras en entrar monjas, ella contestó: «Yo seré la primera.» Y Así fue.

—Victoria fue madrina de su sobrinito Angel y al entrar en la iglesia lo colocó en el altar de la Santísima Virgen, y me comunicó que oró al Señor pidiéndole que si había de pecar mortalmente que se lo llevara al cielo. Pasado algún tiempo el niño cayó enfermo, y después de muchos cuidados de padres y médicos, murió. Entonces Victoria quedó tan contenta pensando que estaba ya en el cielo. Luego me dijo: «¡Como supiera mi familia lo que he hecho!...»

—A un niño que se llamaba Juanito, Sor Gema le decía muchas veces: ¿Qué será de este niño? Mas él callaba, y pasando unos años nos escribió al convento diciendo que por nosotras era ferviente cristiano, y que había estado una temporada con los religiosos Carmelitas y que había tenido que salir para atender a su madre viuda...

—Las monjas estaban admiradas porque no se quejaba. Ella me manifestó un día: «No hay que quejarse», y lo ha cumplido hasta la muerte.

—Otras veces me decía: «Que no se den cuenta, que nadie note nada», como mirando a su vida interior, que llevaba.

—Por Navidad, hace varios años, me dijo estaba muy contenta por haber hecho el voto de lo más perfecto.

—También le oímos decir que había querido mucho a la Santísima Virgen.

—Lo más maravilloso ha sido últimamente con la firmeza, y sin ningún temor, que decía que quería ir al cielo. Las Hermanas en broma la contrariaban, y ella firme repetía con toda su alma que quería ir al cielo sin pasar por el purgatorio.

Aquí en el Convento ha dejado rastro su paso. A Dios gracias.

Juicio del P. Eladio García, Redentorista:

Este Padre fue durante algunos años confesor de la Comunidad de MM. Capuchinas de Nava del Rey, y acerca de Sor M.^a Gema le escribió a la Madre Abadesa lo siguiente:

«Mi primer contacto con Sor Gema fue entre los años 65 a 70, cuando ella andaba por los cincuenta y tantos de su edad. Y pronto me pareció estar ante un alma extraordinaria, con una unión intimísima con Dios. Yo no sabría ahora calificar con el nombre adecuado esa unión. Sólo, sí, que era intimísima y altísima. Siempre me decía que su Amor la tenía loca, y no deseaba sino corresponderle con el mayor amor posible. Anhelando el día de partir para estar ya totalmente con el Amado.

»Así conocí a Sor Gema y así la seguí viendo cuan-

do años más adelante, volví algunas veces por la Nava.

»Hace unos dos años fue la última vez que estuve con ella, y me decía lo mismo, absorta siempre en el Amor del Esposo por el que suspiraba sin cesar.

»También quiero decir que llegó a sentir (no sé si el término sea el adecuado, pero nos entendemos), llegó a sentir, de más de una manera la presencia de Dios en sí misma.

Termino, no sin antes recordar un hecho, que me contó haberle sucedido años antes que yo la conociera. Ella me dijo el año concreto, que yo no logro traer a la memoria. Era un día de fiesta. Creo fue la del Sagrado Corazón. Hallábase haciendo oración en el Coro, cuando de pronto oyó clarísimamente que Jesús, desde el Sagrario, le decía: «¡Te quiero!» (siguiendo una hermosa frase que yo ahora no recuerdo). Sor Gema, sí que la recordaba bien, y añadía que todo aquello se le había quedado grabado profundamente.

»Que ahora, ya plenamente en el Amado, pida por nosotros y por esta querida Comunidad a la que tan entrañablemente quería.»

CONCLUSION

Después de cuanto queda escrito en este libro titulado FLOR DE UN CONVENTO y cuanto nos dicen en su Apéndice las religiosas que con Sor Gema convivieron y además el juicio que de ella ha dado el Padre Eladio García, Redentorista, creo que la mejor conclusión es terminar aplicándole estas palabras que el Espíritu Santo dice por medio del salmista: *La memoria del hombre justo o virtuoso será eternamente celebrada* (111,6).

La verdadera virtud no muere con el tiempo. Las personas llamadas «grandes» en el mundo, si no tienen virtud, son como la sombra de un viajero que pasa rápidamente, que no queda memoria de ellas después de la muerte. La experiencia nos dice que a esa hora enmudecen las riquezas, los honores y los placeres, y sólo una cosa sigue hablando: la virtud.

Este hecho es el que presenciamos en Sor María Gema, que se nos presenta desde sus primeros años como una joven elegida, mimada y guiada por el Espíritu de Dios y como modelo de virtud y de una vocación bien probada y nos invita y enseña a todos a ir por el camino de la santidad.

Sor M.^a Gema quiso asemejarse en todo a Jesús siguiéndole por el camino de la cruz y de la mortificación para después ser juntamente glorificada con El. Dios le mandó bastantes sufrimientos, y le fueron como martirio, como ella dijo, sobre todo los años en que no pudo seguir a la Comunidad para el rezo de Maitines de medianoche. Sus compañeras apenas se lo notaban, porque ella pedía al Señor le ayudara para que no le faltase a su vez la sonrisa y poder aparecer alegre y sembrar amor y concordia entre todas.

Sor Gema sufría con amor, y como el amor que en ella reinaba era mayor que el dolor, por eso solía decir que no sufría.

Sor M.^a Gema fue un alma verdaderamente grande y algo excepcional, su nombre «Gemma» significa «piedra preciosa», y ella lo fue de gran valor por su excelsa virtud, un verdadero ángel en carne humana como lo refleja la breve biografía, la que pudiéramos llamar su «autobiografía», si nos atenemos a sus cartas, que son las que nos revelan su carácter y las virtudes que ella atesoraba.

Ya al final de su vida, vivía como absorta, más en la vida futura que en la presente, es decir, más en el cielo que en la tierra, pues murió con este pensamiento de ir al cielo.

En su rostro, al morir, aparecía como reflejada la paz de los justos, y bien podríamos aplicarle las palabras del salmista: *Preciosa a los ojos de Dios es la muerte de los justos* (Sal. 115,15).

A todos nos dice el Señor: «Seréis santos, *porque Yo soy santo*». Sólo los santos han sido y son los verdaderos sabios por excelencia. Imitémoslos.

Sor María Gemma, ruega por nosotros.